
La pervivencia clásica del censo de los ciudadanos romanos

The Classical Pervivence of Roman Citizens Censum

Antonio MATEO

Universidad de Cantabria
antonio.mateo@unican.es

RECIBIDO: 31/10/2016 / ACEPTADO: 16/12/2016

Resumen: D'Ors no consideraba la grandeza de los clásicos por la infalibilidad de sus hallazgos sino por la audacia de su intento. De hecho, animaba a los nuevos estudiosos del derecho romano (o de cualquier ciencia) a tratar de superar a los maestros en puntos concretos que conocieran bien. Esto es lo que el autor hace con este texto en relación a la figura del censor que, según Mommsen habría desaparecido en el Imperio por incompatibilidad con la legislación imperial. Según el autor, en cambio, los datos del censo eran necesarios para otras funciones exigidas por la administración imperial. Su tesis es que lo que desaparece es el *lustrum* pero no el censo en su totalidad.

Palabras clave: Censo; manumisión; d'Ors; república romana; imperio romano; Mommsen; Buckland; *lustrum*.

Abstract: D'Ors did not consider the grandeur of the classics for the infallibility of their findings but for the audacity of their attempt. In fact, he encouraged new scholars on Roman law (or any science) to try to outdo the Masters at specific points they knew well. This is what the author does with this text in relation to the figure of the censor that, according to Buckland would have disappeared in the Empire because of incompatibility with the imperial legislation. On the contrary, the author, sustains that census data were necessary for other functions required by the imperial administration. His thesis is that what disappeared is *lustrum* but not the census in its totality.

Keywords: Census; manumissio; d'Ors; Roman Republic; Roman Empire; Mommsen; Buckland; *Lustrum*.

EXORDIO

Más de uno de los que lean estas líneas recordará acaso haber asistido a un ciclo de conferencias organizado a principios de los años noventa del pasado siglo por el departamento de Historia contemporánea de la Universidad de Navarra, entonces dirigido por el prof. Dr. D. Ignacio Olábarri Gortázar. Trató aquel programa sobre los principales historiadores del siglo XX, y sus organizadores habían pedido a don Álvaro d'Ors que hablara de uno de los más grandes historiadores sobre el mundo antiguo, Theodor Mommsen, quien, hombre del XIX, veía justificada su inclusión en el ciclo por haber fallecido en 1903.

Si para cualquiera de los que entonces nos formábamos como doctorandos la conferencia podía ofrecer interés, éste se acrecentaba enormemente para mí tanto por ser el conferenciante mi maestro y un excepcional conocedor de la obra de Mommsen, como por ser este último una de las figuras más

señeras en el conocimiento de Roma, madre del Derecho cuyo estudio habría de constituir mi especialización.

Recuerdo bien cómo don Álvaro fue describiendo los formidables trabajos de Mommsen –como historiador, como romanista, como epigrafista...–, precisando a la vez en qué medida algunas de sus aportaciones habían venido a quedar corregidas por otras posteriores, más modestas, sin duda, pero más acertadas en aquellos puntos concretos, de otros profesores.

A mi juicio, más que la indudable admiración que las palabras de don Álvaro pudieron despertar en nosotros, jóvenes asistentes, hacia la figura del sabio alemán, lo que realmente ha fijado aquella conferencia en mi memoria fue el estimulante descubrimiento de que, sobre los colosales fundamentos puestos por Mommsen, todavía un siglo más tarde estaban llamados a construir los estudiosos actuales –y algo de eso veremos también en estas líneas–, corrigiendo con su trabajo algunos puntos de aquella imponente labor científica; puntos pequeños quizá, pero perfeccionables. Y la idea de que en esa labor de constante perfeccionamiento –labor de menudeo, como muchas oí llamarla a don Álvaro– se encontraba el día a día de nuestra ciencia.

Traigo estos recuerdos a la memoria porque creo que retratan bien la personalidad de don Álvaro: siempre animoso, siempre animante, siempre dispuesto a escucharnos hablar de las pequeñas luces que íbamos descubriendo en nuestro estudio –no sólo los romanistas, también tantos otros profesores de tan diversas disciplinas–, alentándolas con atinadísimas observaciones, que nos habrían nuevas perspectivas, y que siempre concluía diciendo «yo lo veo así, pero de esto es usted quien realmente sabe, pues ha estudiado el tema...» Una humilde observación que encierra, a mi juicio, una gran verdad: que la libertad de discrepar, esencia de todo progreso científico, la gana «quien ha estudiado el tema».

Desde esa libertad, que con su admirable ejemplo él me enseñó a vivir, aporto a este homenaje al entrañable maestro las líneas que siguen. Componen éstas la primera parte de un trabajo más amplio, en el que llevo trabajando algunos años, sobre la manumisión por el censo, que se piensa, como veremos, desaparecida a comienzos del Principado. Que tal idea es un error es uno de los puntos que el conjunto del trabajo tratará de probar. A esta desaparición de la manumisión por el censo habría contribuido decisivamente –en opinión de sus sostenedores– la extinción del censo de los ciudadanos, institución que, habiendo sido crucial en la organización social romana del tiempo de la República, se cree desvanecida bajo el nuevo régimen político instaurado por Augusto. Sobre si dicho censo de los ciudadanos desapareció o no bajo este nuevo régimen tratan estas líneas de homenaje a mi maestro.

1. PLANTEAMIENTO

Que la manumisión por el censo, existente en época republicana como una de las formas de manumisión que conoció el *ius civile*, se extinguió en la época clásica, con la llegada del Principado, como consecuencia de la desaparición del censo de los ciudadanos, es hoy una opinión dominante entre los romanistas¹, a la que oponen reservas pocos manuales². Estudios monográficos que, desde distintos puntos de vista, abordan la manumisión, parten también de esta idea³, que

¹ Recogen esta idea, entre los manuales de Derecho Romano –sin ánimo de ser exhaustivo–, PEROZZI, *Istituzioni di Diritto Romano* 1 (Roma 1928; reimp. Roma 2002) § 26, p. 247, quien, no obstante, reconoce que es cuestión discutida; manuales posteriores afirman más taxativamente la desaparición de la *manumissio censu* en conexión con la del censo: así, KASER, *Das Römische Privatrecht*² I (München 1971) § 69, II 2 b), opinión que sigue manteniendo KASER-KNÜTEL, *Römisches Privatrecht*¹⁹ (München 2008) § 16, I. 3; JÖRS-KUNKEL-WENGER, *Römisches Recht*⁴ (Berlin-Heidelberg-New York 1987) § 33, II, 2; BURDESE, *Manuale di Diritto Privato Romano*⁴ (Torino 1993) § 179; GUZMÁN, *Derecho Privado Romano* (Santiago de Chile 1996) I, § 63, I 2 a); HAUSMANINGER-SELB, *Römisches Privatrecht*⁸ (Wien-Köln-Weimar 1997) p. 133; TALAMANCA, *Istituzioni di Diritto Romano* (Milano 1990) p. 95 y *Elementi di Diritto Privato Romano* (Milano 2001) p. 52; GUARINO, *Diritto Privato Romano*¹² (Napoli 2001) 52, 4, 2; IGLESIAS, *Derecho Romano*¹¹ (3ª reimp. Madrid 1998) § 32, III A b), quien afirma su desaparición a finales de la república, aunque sin ligarla a la desaparición del censo; D'ORS, *Derecho Privado Romano*¹⁰ (Pamplona 2004) § 213, describe la *manumissio censu* como «forma dependiente del *lustrum* que debió de caer en desuso a fines del s. I d.C.», sin relacionarla tampoco expresamente con la desaparición del censo y sin que esta dependencia se mencione en ediciones anteriores de su obra.

² GIMÉNEZ-CANDELA, *Derecho Privado Romano* (Valencia 1999) § 34, 4, a ii), aunque las reservas de la autora, más que negar la desaparición de la manumisión por el censo, parecen cuestionar que desapareciera el censo de ciudadanos.

³ BUCKLAND, *The Roman Law of Slavery* (Cambridge 1908, reimp. New Jersey 2000) p. 439 s. y 449; LEMOSSE, *L'affranchissement par le cens*, en *RHDFE*. 27 (1949) 161 s.; DANIELI, *Contributi alla storia delle manomissioni romane. I. Origine ed efficacia delle forme civili di manomissione* (Milano 1953) p. 51, quien se suma a la opinión, que considera prevalente, de que la manumisión por el censo desapareció a comienzos del Principado; DUFF, *Freedmen in The Early Roman Empire* (Cambridge 1958) p. 24 s., para quien se extinguió con la censura; TREGGIARI, *Roman Freedmen* (Oxford 1969) p. 27 y 31, la considera ya poco usada en el s. I a. C.; Para ROBLED A, *Il diritto degli schiavi nell'antica Roma* (Roma 1976) p. 121, esta forma de manumisión debió de desaparecer, con las operaciones del censo, a comienzos del Imperio, por más que Gayo y otras fuentes, que menciona en nt. 516 –donde por error cita Ep. Ulp. 11, 11 en lugar de Ep. Ulp. 1, 8–, ofrezcan testimonios de que estaba vigente bajo el Imperio; FABRE, *Libertus. Recherches sur les rapports patron-affranchi à la fin de la republique romaine* (Roma 1981) p. 5, ve en la segunda posición que la *manumissio censu* ocupa en el trinomio de las manumisiones del *ius civile* en textos clásicos tardíos como Ep. Ulp. 1, 5, o la tercera posición de Frag. Dos. 5 –frente a Cicerón, *Top.* 2, 10, en que figura la primera–, como una prueba de que había caído en desuso en la época clásica; la considera poco utilizada ya en época de Cicerón –p. 11 s.–, y desaparecida –p. 16– en época de Dionisio de Halicarnaso, entre 60 y 10 a. C. El eco de esta posición dominante se advierte todavía en obras recientes que tangencialmente mencionan la manumisión por el censo, como ARENA, *Libertas and the Practice of Politics in the Late Roman Republic* (Cambridge 2012) p. 19.

sin duda ha influido en que los autores que la han estudiado se hayan centrado especialmente en el estudio de su origen, su datación o su relación con los otros dos modos de manumisión civil.

Son pocos los autores que consideran discutible que desapareciera el censo de los *cives*⁴, cuya continuidad permitiría indirectamente afirmar también la subsistencia de la manumisión por el censo, y sólo recientemente comienza a defenderse con decisión la pervivencia de esta forma de manumisión bajo el Principado⁵.

Buckland es uno de los primeros autores que reúne los principales argumentos en que la doctrina ha basado la idea de que la manumisión por el censo, como el mismo censo, desapareció en la etapa clásica⁶. Buckland se-

⁴ GIMÉNEZ-CANDELA, *loc. cit. supra* en nota 2. Ya WEISS, *Studien zu den römischen Rechtsquellen* (Leipzig 1914, reimp. Aalen 1985) p. 72 s. –en un comentario incidental a su exposición sobre la equiparación del prefecto de Egipto al procónsul, de donde derivó su competencia para intervenir en la manumisión *vindicta*–, negó que el censo hubiera desaparecido con el Principado. En p. 73 nt. 28, Weiss rechaza la opinión de Girard de que la manumisión por el censo hubiera desaparecido –aunque cree que en provincias se habría realizado mediante una *professio* similar a la que conocemos que existió para declarar el nacimiento de los hijos–, pues entiende que el censo republicano debió de ser sustituido por una institución similar. Más ampliamente ha defendido la pervivencia del censo de ciudadanos en época clásica DE MARTINO, *Storia della costituzione Romana* IV². I (Napoli 1974) p. 480 ss. y p. 664 ss., quien considera que los poderes censorios fueron asumidos por los emperadores desde Domiciano como parte de los conferidos como normales a cada emperador, conforme al uso, que prueba la *lex de imperio Vespasiani*, de atribuir a un emperador todos los poderes ejercitados por sus predecesores; entiende también que los escasos testimonios de las fuentes sobre este censo de ciudadanos pueden deberse a que se hubiera integrado en el censo general del Imperio. Entre la literatura más reciente, SÁNCHEZ-MORENO ELLART, *Yponnemata epigeneseos*, en *Archiv für Papyrusforschung* 56, 1 (2010) 95 s., se adhiere todavía a la opinión dominante cuando afirma que «the old Roman census practically disappears in the Late Republic because of the abolition of *tributum* and survived with difficulty until the Flavians», pero matiza que los procedimientos del censo subsistieron como específicos en cada provincia, y así, en Egipto, tanto romanos como alejandrinos estaban obligados a registrar sus datos censales, aun cuando estaban exentos del impuesto provincial.

⁵ Así, LÓPEZ-BARJA, quien todavía en *Junian Latins: Status and Number*, en *Athenaeum* 86 (1998) 135 consideraba probablemente desaparecida la manumisión por el censo bajo el Principado, ofrece convincentes argumentos para afirmar que sobrevivió durante ese período en *Historia de la manumisión en Roma. De los orígenes a los Severos* (Madrid 2007) p. 30 ss.

⁶ BUCKLAND, *The Roman Law of Slavery* (Cambridge 1908, reimp. New Jersey 2000) p. 439 s. La interpretación de Buckland ha tenido seguidores. Así, WATSON *The Law of Persons in the Later Republic* (Oxford 1967) p. 185 nt. 3, se remite a él en general para lo relativo a la manumisión por el censo. En otros casos, la idea de la desaparición del censo en época clásica va implícita en el razonamiento del autor; así, por ejemplo, DAUBE, *Two Early Patterns of Manumission*, en *JRS.* 36, 1-2 (1946) 71, cuando se pregunta si existió una emancipación por el censo, acepta la idea de quienes creen que el censo desapareció bajo el Imperio –«the census was no longer a

ñala que existió un censo en 74 d. C., y existe al menos el nombre de otro en 243 d. C. Por otra parte, tanto Gayo⁷ como la obra contemporánea de éste que se conoce como fragmento Dositeano⁸ mencionan la manumisión por el censo como si existiera todavía en su época. Pero, según nuestro autor, a estas fuentes hay que oponer otras. Y así, Paulo –en sus Sentencias– no menciona la manumisión por el censo; Ulpiano –en su Epítome, 1, 8, que analizaremos *infra*, sub 3– nos dice que *olim manumittebantur censu*; y en diversos pasajes del fragmento Dositeano en los que cabría esperar ver junto a la *vindicta* la manumisión por el censo, ésta no aparece mencionada⁹. Concluye Buckland que estas circunstancias y los hechos conocidos de la historia dejan claro que los textos –esto es, los que todavía mencionan la manumisión por el censo en época clásica– están discutiendo algo irreal. «The known facts of history» que menciona Buckland se apoyan en una cita del *Römisches Staatsrecht* de Mommsen, en el que el sabio alemán se pregunta sobre la supervivencia del censo bajo el Principado¹⁰.

live institution in the Empire»– pero, partiendo de esa idea, razona que, como, a pesar de esa desaparición, tenemos noticias sobre la manumisión por el censo, y no sobre una emancipación por el censo, ésta no debió de existir. Sin entrar al análisis de la emancipación, que presenta sus propios problemas y no es objeto de nuestro trabajo, creo que cabe matizar esta idea de Daube. En efecto, si, como se dice –D'ORS *DPR*.¹⁰, §221–, a la compleja serie de mancipaciones y remancipaciones que reflejaban el precepto decemviral seguía una manumisión del hijo remancipado por tercera vez al padre –lo que colocaba a éste como patrono del hijo, en cuanto *parens manumissor*–, podría hablarse de una «emancipación por el censo» cuando fuera ésta la forma de manumisión elegida por el padre para culminar la emancipación, aunque las fuentes sobre esta institución no entren a distinguir entre distintos tipos de emancipaciones, en cuanto todas ellas quedan unificadas por la serie de mancipaciones y remancipaciones, que parecen el núcleo central del acto. Por lo demás, la extinción de la patria potestad que narra Gayo 1, 131 como consecuencia del permiso paterno dado al hijo para inscribirse en una colonia latina, no deja de asemejarse a una emancipación, aunque plantea cuestiones problemáticas que la separarían de la genuina emancipación derivada de la interpretación jurisprudencial de las doce tablas. Así, por ejemplo, ¿conservaría el paterfamilias sus derechos sucesorios como *parens manumissor* sobre los bienes de este hijo, o perdería sus eventuales derechos por falta de testamentifacción pasiva para suceder a un no romano?

⁷ BUCKLAND, *loc. cit.* en nota anterior, p. 440, nt. 2 cita a Gayo 1, 17; 44; 138 y 140, estos dos últimos textos, referidos a la manumisión de los dados *in mancipio*, que *servorum loco habentur*. Falta Gayo 1, 35, que menciona la *manumissio censu* en relación con la *iteratio* del manumitido *inter amicos*.

⁸ Frag. Dos. 5 y 17.

⁹ Frag. Dos. 11, 13 y 15 son los que, en opinión de Buckland, deberían citar la manumisión por el censo.

¹⁰ MOMMSEN, *Römisches Staatsrecht*, II, 1³(reimp.² Graz 1969) p. 415 = *Le Droit Public Romain* IV (Paris 1894) p. 98. Buckland cita la versión original y la traducción francesa. Haremos lo mismo en las siguientes páginas, como *Staatsrecht* y *DPR*., respectivamente.

En nuestra exposición, analizaremos estos argumentos de Buckland, pues son básicamente los que han convencido a otros estudiosos de que la manumisión por el censo desapareció en la etapa clásica. Su objeción respecto a la ausencia de mención de la manumisión por el censo en las Sentencias de Paulo puede ser rechazada de entrada, en cuanto este texto recoge derecho aplicable en época postclásica, y testimonia por ello, a lo sumo, la inexistencia de una manumisión por el censo en tal época, sin que permita afirmar que no siguió usándose a lo largo de toda la época clásica anterior.

Nos centraremos por ello, tras haber expuesto este planteamiento (1), en examinar la opinión de Mommsen, que es más compleja de lo que la cita de Buckland permite suponer (2).

Analizaremos a continuación el Epítome de Ulpiano, 1, 8, quizá la fuente en que mayor hincapié hacen quienes consideran desaparecida la manumisión por el censo en época clásica (3).

Reservaremos para un futuro trabajo nuestra explicación de por qué el fragmento dositeano, que menciona la manumisión por el censo en su párrafo 17, no la recoge en los párrafos que señala Buckland, en cuanto todo el fragmento dositeano introduce otro elemento de discusión, el de la libertad pretoria, más tarde Juniana; tema ampliamente debatido del que sólo adelantamos que, a nuestro juicio, también pudo tener una relación con la manumisión por el censo, inadvertida por la romanística.

Sí señalaremos, en cambio –algo en lo que no se detuvo Buckland–, cómo la misma necesidad de conocer ciertos datos sobre los ciudadanos para poder aplicar la nueva legislación imperial, habría hecho que resultara implantable prescindir del censo precisamente bajo el Principado (4). Eso significaría, a nuestro juicio, que las fuentes jurídicas que mencionan ese censo de los ciudadanos como existente en la época clásica no están hablando de una realidad desaparecida, sino de un modo de manumisión utilizado junto con la manumisión por la vindicta y la manumisión testamentaria durante todo ese periodo (5).

2. LA OPINIÓN DE MOMMSEN SOBRE EL CENSO CIUDADANO BAJO EL PRINCIPADO

Quienes han defendido que el censo de los ciudadanos desapareció en el Principado, coincidente con la etapa clásica del Derecho Romano, han buscado apoyo en las opiniones de Mommsen. En su monumental obra sobre el derecho público de Roma, el sabio alemán empezó por afirmar que la censura

desapareció del panorama constitucional romano con la llegada del Imperio, porque resultaba inconciliable con el nuevo sistema político¹¹.

En segundo lugar, señaló Mommsen que, a diferencia de lo que sucediera en la época republicana, no existió en el Principado un censo general de los ciudadanos, en el sentido técnico que la palabra había tenido bajo la República¹², de cálculo sincronizado de su número y de sus fortunas. Esto es, Mommsen oponía al censo republicano el censo imperial, no en el sentido de que bajo el Principado el emperador hubiera dejado de disponer de un registro del número y fortuna de los ciudadanos¹³, sino en el sentido de que tal registro no daba ya fe de dichos datos para todo el imperio en un mismo momento. Nuestro autor reconocía que los emperadores tuvieron los medios para obtener una cifra total y sincronizada de bienes y personas, pero, en su opinión, si esto se hizo¹⁴, tales datos no se publicaron, a diferencia de lo que sucedía con el censo

¹¹ MOMMSEN, *Staatsrecht* II, 1³, p. 336 ss. (= DPR. IV, p. 7 ss.), afirma que la censura resultó algo extraordinario desde Sila, y, aunque la desempeñaran Claudio, y más tarde Vespasiano y Tito, desapareció desde Domiciano, al revestirla éste de por vida y suprimir el lustrum, que resultaba uno de sus elementos esenciales. Tras la caída de Domiciano, la censura fue probablemente erradicada para siempre, aunque los poderes que él se arrogó como censor perpetuo –*vid. infra*, nt. 29– fueron mantenidos por sus sucesores, si bien como parte de los poderes ordinarios que les correspondían como emperadores, sin un título especial. Una de las razones que aduce Mommsen (loc. cit. p. 336, nt. 4= p. 8, nt. 3) para explicar la desaparición de la censura es que las funciones de evaluación de las fortunas de los ciudadanos a efectos del pago del *tributum* y la confección de las listas de ciudadanos en función de tales fortunas habían quedado descartadas por la desaparición del impuesto –suprimido, como se sabe, merced al ingente botín obtenido tras la conquista de Macedonia– y la supresión de los reclutamientos en función de las clases censitarias –lo que sucede en virtud de las reformas del ejército introducidas por Mario–. Pero estas razones aducidas por Mommsen, de ser ciertas, habrían llevado a la desaparición del censo mucho antes de la llegada del Principado, pues resulta difícil aceptar que sólo con el nuevo régimen decayera el censo, cuando su necesidad había desaparecido casi un siglo antes. Pero es que, además, como veremos, para muchos aspectos de la vida pública y administrativa del Principado, siguió siendo necesario conocer la edad o el patrimonio de los ciudadanos, lo que parece un argumento en favor de la pervivencia del censo, que conservaba esta información.

¹² MOMMSEN, *Staatsrecht*, II, 1³, p. 417 (= DPR. IV, p. 100): «*Es hat also wohl einen Bürger- und in gewissen Sinn auch einen Provinzialcensus, aber einen Reichscensus im formellen Sinne des Wortes überhaupt nicht und am wenigsten in der Kaiserzeit gegeben*». Adelanta esta misma idea en *op. cit.* p. 364 (= DPR. IV, p. 40): «*..., ist doch ein allgemeiner, Bürger und Nichtbürger umfassender Reichscensus keineswegs an die Stelle der Bürgerschaftung getreten*».

¹³ MOMMSEN *Staatsrecht*, II, 1³, p. 417 (= DPR. IV, p. 101).

¹⁴ Las noticias que Plinio, *Naturalis Historia*, 7, 49, 162 ss. ofrece sobre el censo de distintas regiones de Italia realizado por Vespasiano –reflejadas también por Flegón de Tralles, *perí Makrobión*, 1– no le parecen a Mommsen, *Staatsrecht*, II, 1³, p. 417 nt. 2 (= DPR. IV, p. 101, nt. 1), suficientemente probatorias de que este emperador llegara a consumir esa recopilación total y actualizada del censo de ciudadanos: pero *vid. infra*, nota 34.

republicano, cuyas tablas eran públicas y daban fe de la fortuna y el número de los ciudadanos al celebrarse el *lustrum*, con el que concluía el censo.

Así, la idea de Mommsen sobre los hipotéticos censos de ciudadanos y de provinciales bajo el Principado apunta a un control desestructurado y no publicado de los datos del censo, actualizado en distintas regiones y momentos, frente al censo republicano, que publicaba como referida a un determinado momento, el del *lustrum*, la posición social de los ciudadanos –edad, filiación, patrimonio–, de la que derivaban importantes consecuencias políticas y jurídicas en el marco constitucional de la República¹⁵.

Cabe señalar, en efecto, que la existencia del *lustrum*, como ceremonia religiosa que concluía el censo, proporcionaba unos datos sincrónicos. Esta sincronía de los datos era algo esencial en época republicana, en cuanto éstos eran la base para el reconocimiento de derechos –como el de voto, de distinto peso según la centuria del ciudadano– y la atribución de obligaciones –como el pago del *tributum*, o el equipamiento militar, acordes con la fortuna del ciudadano–, siendo necesario para la justicia de la distribución que todos los datos se refiriesen a un mismo momento. Pese a la decadencia del sufragio censitario y la desaparición del *tributum*, el lustrum sobrevivió como momento final del censo; también cuando la composición de éste se descentralizó, tras la extensión de la ciudadanía a toda Italia, siendo encomendada a los magistrados superiores de las entidades territoriales de la península la confección de un censo local, a imagen del de la Urbe, que debía remitirse a Roma para ser incorporado al censo allí realizado, según sabemos por la tabla de Heracléa¹⁶. La descentralización que ésta describe supuso un nuevo procedimiento

¹⁵ En este sentido, podría afirmarse que, para Mommsen, esa información sobre los ciudadanos aportada por el censo, habría dejado de pertenecer a lo que hoy diríamos el ámbito constitucional, que señala la posición política del ciudadano en su comunidad, para desplazarse a un ámbito más administrativo. Sobre la discusión de la doctrina en torno a la naturaleza de las disposiciones que presenta la tabla de Heracléa, véase ahora la interesante exposición de BRITTO, *Los Municipios de Italia y de España: Ley general y ley modelo* (Madrid 2014).

¹⁶ Mommsen va señalando los distintos pasos conforme a los cuales la institución del censo se extendió a toda Italia. En *Staatsrecht*, II, 1³, p. 363 s. (= DPR. IV, p. 39 s.) señala que los censores romanos no censaban a los aliados, que podían tener su propio censo, pero en 203 a. C. se impuso a doce colonias la obligación de aplicar la *formula census* observada en Roma, a modo de castigo (Liv. 29, 15 y 29, 37, 7), y esta forma de proceder pudo llegar a extenderse, cree Mommsen, a todos los aliados de Roma, que habrían contado con un censo propio a imagen del de la Urbe –como pudo ser el mencionado en la *lex osca tabulae Bantinae* (FIRA. I, n° 16, 4)–, pero sin que se integrara en éste. Este último paso, cree Mommsen, *Staatsrecht*, II, 1³, p. 368-370 (= DPR. IV, p. 45-47), que se habría dado una vez que, alcanzada la ciudadanía por todos los habi-

para la recogida de datos del censo, pero no afectó al aspecto temporal de su composición, en cuanto el lustrum seguía siendo el momento conclusivo de la recopilación de tales datos, remitidos ahora desde toda Italia.

Sólo cuando el lustrum desapareció a partir de Domiciano pudo producirse esa desestructuración del censo que Mommsen señala como propia del Principado, y que desde entonces habría afectado no sólo al ámbito territorial de la recogida de datos, sino que podría haber afectado también al momento de tal recogida. Pero todo ello no significa, insistimos, que desapareciera ese registro de los ciudadanos y sus fortunas que suponía el censo: esto es algo que Mommsen no llegó a afirmar. La lectura de su obra hace pensar más en una reorganización del modo de actuar para obtener el censo, lo que pudo incluir una fragmentación de la recogida de sus datos, en el tiempo y el espacio, y una pérdida de publicidad de la información así recogida, más que en una desaparición del censo, en cuanto registro de tales datos.

3. LA INTERPRETACION DE *EPITOME ULPIANI* 1, 8

Esta escueta fuente es ofrecida por los autores que han defendido que la *manumissio censu* había desaparecido en época clásica como uno de sus principales argumentos. En efecto, al referirse a la manumisión, el Epítome de Ulpiano 1, 6 todavía cita las tres formas del derecho civil:

Cives Romani sunt liberti, qui legitime [manumissi sunt, id est vindicta aut]¹⁷ censu aut testamento, nullo iure impediende.

A continuación, al comentar estas formas, en lo referido a la manumisión por el censo, declara:

Ep. Ulp. 1, 8: censu manumittebantur olim qui lustrali censu Romae iussu dominorum inter cives Romanos censu profitebantur.

tantes de Italia, el censo de los ciudadanos pasó a componerse con los censos locales de Italia, que seguían la fórmula del censo romano y que, conforme al procedimiento que describe la tabla de Heraclea (FIRA I. n.º 13) vv. 142-158, se integraban en el realizado en la propia Roma, lo que supuso, en la práctica, la confección de un censo itálico. Mommsen cree, por último, que esta forma de realizar el censo pudo observarse hasta Vespasiano, y que, tras desaparecer el *lustrum*, esos censos locales habrían continuado haciéndose, sobreviviendo a la desaparición del censo general de ciudadanos hecho hasta entonces.

¹⁷ Las palabras entre corchetes se suplen a partir de Gayo 1, 17.

Es la mención del «antiguamente» *–olim–* dentro del texto la que se ofrece como prueba incontestable de que la manumisión por el censo había desaparecido en época clásica¹⁸. Pero esta suposición parece excesiva: veamos por qué.

La redacción del Epítome se data en época de Constantino¹⁹. Si el texto de Ep. Ulp. 1, 8 tal como se conserva hubiera sido escrito en esa época, la referencia a la antigüedad de la manumisión por el censo no sería prueba de que ésta no existiera ya en la época clásica: podría haber seguido existiendo en época de Ulpiano y, con el «*olim*», el epitomador postclásico se estaría refiriendo a esa época de los Severos, lejana ya cuando él resume²⁰. Pero los autores que se basan en este texto para afirmar que la *manumissio censu* desapareció en época clásica necesariamente entienden que el «*olim*» estaba en el texto clásico que sirvió de base a la obra postclásica, que se remite a Ulpia-

¹⁸ Entre los autores que citan esta fuente como prueba de la caída en desuso de la manumisión por el censo en época de Ulpiano, podemos citar, entre otros, a VANGEROW, *Über die Latini Juniani* (Marburg 1833) p. 32; CANTARELLI, *I Latini Iuniani. Contributo alla storia del diritto latino*, en *Archivio Giuridico* 30 (1883) 56 i. f.; BUCKLAND, *The Roman Law of Slavery* (Cambridge 1908) p. 440, como hemos visto supra, p. 3. También SECKEL y KÜBLER, en HUSCHKE, *Iurisprudentia Anteustiniana* I (Lipsiae 1908) p. 419, quienes, al hablar de la datación del fragmento dositeano, dan por supuesto que la manumisión por el censo había sido ya abolida en época de Ulpiano precisamente sobre la base de Ep. Ulp. 1, 8. La misma argumentación sostienen autores más recientes: así, KASER, *Das Römische Privatrecht*² I (München 1971) § 69, II, 2. b) nt. 22 –donde subraya el «*olim*»– FABRE, *Libertus. Recherches sur les rapports patron-affranchi à la fin de la republique romaine* (Roma 1981) p. 10; BALESTRI, *Lex Iunia de manumissionibus* (Milano 1985) p. 184 nt. 15; y VITALI, «... *Manumissus liber(um)ve iussus erit...*»: *sul capitolo 28 della «lex Irnitana»*, en *Index* 33 (2005) 402, para quien el uso del verbo en pasado al describir esta forma de manumisión (*manumittebantur*), frente al empleo del verbo en presente para describir la manumisión *vindicta* y testamentaria en Ep. Ulp. 1, 7 y 1, 9, indicaría que había caído en desuso.

¹⁹ Diversos autores han aportado argumentos para datar el Epítome, que recoge MERCOGLIANO, «*Tituli ex corpore Ulpiani*». *Storia di un testo* (Camerino 1997) p. 14, p. 22, p. 26. Así, Mommsen lo dató con posterioridad a 320 d. C., porque no menciona el régimen de los *caduca* para los *orbi* y los *caelibes*, que sabemos por C. Th. 8, 16, 1= CJ. 8, 57(58), 1, que fue abolido en tal fecha por Constantino. Schulz lo consideró anterior a 342 d. C. porque en Ep. Ulp. 5, 6 se permite el matrimonio con la hija de un hermano, lo que prohibirá una constitución de Constancio II (C. Th. 3, 12, 1) de aquel año. Schönbauer señaló que Ep. Ulp. 22, 6 menciona algunos dioses a los que por senadoconsultos o constituciones imperiales había sido concedido poder ser instituidos herederos, y entre ellos se cuentan algunos cuyos templos habían sido destruidos por los Godos hacia 262-263 d. C. Estas fechas no excluyen que el texto que conservamos sea el resultado de sucesivas reediciones.

²⁰ Así argumenta LOPEZ BARJA, *Historia de la manumisión en Roma. De los orígenes a los Severos* (Madrid 2007) p. 32, quien señala que en la época en que se redactó el epítome, las nuevas *indictiones* establecidas por Constantino habrían dejado obsoleto el antiguo censo.

no²¹, pues sólo así resultaría desaparecida tal manumisión en la época en que éste escribe, con lo que habría que admitir que se extinguió antes, en plena época clásica. Aceptemos, como parecen hacer estos autores, que el texto de Ep. Ulp. 1, 8 recoge literalmente la obra de Ulpiano, y que éste ya usaba la expresión «*olim*»; a pesar de ello, resultaría muy discutible admitir que el texto prueba que en época clásica había desaparecido el censo de ciudadanos romanos y la manumisión por el censo. Por varias razones.

En primer lugar, esta interpretación de Ep. Ulp. 1, 8, entraría en contradicción, a nuestro juicio, con lo que el mismo Epítome, 11, 11 señala respecto a quienes no se censan:

maxima capitis deminutio est, per quam et civitas et libertas amittitur: veluti cum incensus aliquis venierit, aut quod mulier alieno servo se iunxerit denuntiante domino et ancilla facta fuerit ex senatus consulto Claudiano.

Si todavía en la época de Ulpiano –pues hemos de entender que también este texto recogería literalmente su obra– el *incensus*²² podía perder tanto la ciudadanía romana como la libertad, es que todavía entonces existía un censo de ciudadanos romanos; salvo que se prefiera pensar que también aquí el Epítome, cuando se refiere a los *incensi*, está mencionando otra reliquia jurídica... Pero en ese caso ¿por qué habría de mencionar una institución desaparecida junto a una disposición en vigor, como era el senadoconsulto Claudiano, derogado sólo por Justiniano (CJ. 7, 24), sin aclarar que la primera estaba en desuso?

En relacion con esto hay que recordar que la existencia de esta obligación de censarse, tanto los dueños como los esclavos manumitidos, viene confirmada, para la época severiana, por los fragmentos parisinos de los *libri responsorum* de Papiniano²³. Si existía entonces un censo de ciudadanos y una pena para el *incensus*, ¿qué razón podría explicar que la manumisión no siguiera

²¹ No entramos en la discusión de si el texto de esta fuente procede efectivamente de un *liber singularis regularum* de Ulpiano, o de un *corpus* de sus obras, o del resumen de obras de otros juristas clásicos, como Gayo (sorprende, en este sentido, el paralelo que Ep. Ulp. 11, 11, que citamos en el texto a continuación, ofrece con Gayo 1, 160). Sobre las distintas opiniones respecto a estos posibles textos clásicos que habrían servido de base a Ep. Ulp., *vid.* últimamente MERCOGLIANO, op. cit. en nt. 16, pp. 13-35, quien se inclina –p. 105– por la primera posibilidad.

²² Sobre el *incensus*, *vid.* últimamente, POLO TORIBIO, *Algunas puntualizaciones en torno a la figura jurídica del incensus*, en *Revista General de Derecho Romano* (digital) 12 (2009) 1-11 y literatura allí citada.

²³ *FIRA*. II, p. 441, I. Revisamos estos fragmentos *infra*, sub 5.

realizándose mediante ese censo todavía existente? En realidad, estas fuentes hacen sospechar que la antigüedad que menciona Ep. Ulp. 1, 8, no pudo relacionarse con el censo, en el sentido de registro de los ciudadanos y sus fortunas, pues tal registro seguía existiendo. Pero, en ese caso, ¿a qué podría referirse ese «*olim*» de Ep. Ulp. 1, 8?

A nuestro juicio, el «*olim*» debe entenderse referido, no tanto a la manumisión por el censo, cuanto al «*lustrali censu*» que menciona el texto, esto es, el censo que, desde época arcaica, había concluido con la ceremonia del *lustrum*²⁴, esencial al censo republicano y todavía realizada por Augusto²⁵, Claudio²⁶ y Vespasiano²⁷. Respecto a este último, lo afirma un autor contemporáneo de Ulpiano, Censorino, en *De die natali*, 18. Para considerar debidamente la importancia de esta fuente hemos de tener en cuenta su contexto. Censorino explica en este capítulo dieciocho qué era lo que los antiguos consideraban el «gran año», relacionado con la distinta duración del año solar y lunar. Entre los griegos, ese gran año era también aquel en que se añadía un día al año solar –nuestro año bisiesto–, y esa tetratéride (porque sucedía uno de cada cuatro años) o pentatéride (porque, contando como primero el año en que se añadía el día, volvía a añadirse otro en el quinto año siguiente) dió lugar a los juegos Olímpicos en Grecia. Nuestro autor se extiende largamente describiendo otras medidas de tiempo que sirvieron para datar otros tipos de «gran año», tanto entre los griegos, como entre los caldeos y los egipcios. Ahora bien, así

²⁴ El lustrum tenía el sentido religioso de purificar (*lustrare*) y refundar el pueblo romano, de donde la expresión *lustrum condere*, equivalente a la de *condere urbem*. Sobre la relación del lustrum y el censo, *vid.* MOMMSEN, *Staatsrecht*, II, 1³, cit., p. 332 ss.(= DPR., cit., p. 3 ss.) y PIERI, *L'histoire du cens jusqu'à la fin de la république romaine* (Paris 1968) pp. 78-97.

²⁵ Se ha discutido si Augusto llegó a actuar como censor: lo negó MOMMSEN, *Staatsrecht*, II, 1³, cit., p. 337 s. (= DPR. IV, cit., p. 8 s.), para quien Augusto habría integrado las potestades censorias en su *imperium* consular, aunque también nombró censores propiamente dichos, si atendemos a Suetonio, *vit. Aug.* 37; pero *vid.* DE MARTINO, *Storia della costituzione Romana* IV². I (Napoli 1974) p. 196 ss. Resulta incontestable, en cambio, que conservó el *lustrum*, pues en sus *Res Gestae* (II, § 8) declara haberlo realizado tres veces, y da la cifra de los ciudadanos censados en cada ocasión.

²⁶ Claudio desempeñó la censura, según sabemos por Plinio, *Naturalis Historia* 7, 49, 159 y Suetonio, *Claud.* 16: *gessit et censuram intermissam diu post Plancum Pullumque censores*. Tácito, 11, 25, 8 confirma que concluyó su censo con el *lustrum*: *condiditque lustrum quo censa sunt civium quinquagies novies centena octoginta quattuor milia septuaginta duo*.

²⁷ Que Vespasiano revistió la censura lo señala Suetonio, *Vesp.* 8, 1: *suscepit et censuram*, y Plinio *Naturalis Historia* 7, 49, 162: *accedunt experimenta recentissimi census, quem intra quadriennium Imperatores Caesares Vespasiani pater filiusque censores egerunt*. También lo cita como censor CIL. 02, 02322. Censorino, *De die natali* 1, 18, 1, que comentamos a continuación, confirma que su censura concluyó con un *lustrum*, y que éste fue el último de la Historia de Roma.

como en la tradición griega el «gran año» más usado lo marcaban las tetratérides, y los juegos Olímpicos que en ellas se celebraban, en la tradición romana no lo marcaban los juegos Capitolinos –también, como aquéllos, celebrados en honor de Júpiter–, sino el *lustrum* que culminaba el censo, hasta que Domiciano cambió esa tradición, refundando estos juegos, que, como los Olímpicos en Grecia, pasaron a señalar el año bisiesto²⁸, y se celebraron puntualmente hasta la época en que Censorino escribe. Es en este contexto en el que Censorino ofrece interesantes noticias sobre el *lustrum*:

De die natali, 18, 4: *Idem tempus anni magni Romanis fuit, quod lustrum appellabant, ita quidem a Servio Tullio institutum, ut quinto quoque anno censu civium habito lustrum conderetur; sed non ita a posteris servatum. Nam cum inter primum a Servio rege conditum lustrum et id, quod ab imperatore Vespasiano V et T. Caesare III cons. factum est, anni interfuerunt paulo minus DCL, lustra tamen per ea tempora non plura quam LXXV sunt facta et postea plane fieri desierunt. Rursus tamen annus idem magnus per Capitolinos agonas coeptus est diligentius servari; quorum agonus primus a Domitiano institutus fuit die duodecimo eius et Servi Corneli Dolabellae consulatu. Itaque hoc nunc anno qui celebratus est agonus undequadragesimus numeratur.*

Según Censorino, aunque Servio Tulio dispuso que el lustro se celebrase cada cinco años, tal disposición no fue observada por sus sucesores, y así, aunque entre su lustro y el de Vespasiano y Tito transcurrieron poco menos de seiscientos cincuenta años, el lustro no se realizó en tal periodo más que setenta y cinco veces, y tras el de Vespasiano dejó de hacerse. Ciertamente, cabría interpretar esta fuente en el sentido de que, desaparecido el lustro con Vespasiano, desapareció con él el censo que lo antecedía. Pero también podría interpretarse en el sentido de que, a partir de Vespasiano, lustro y censo se separan, celebrando este emperador el *lustrum* por última vez. Esta desaparición del lustro no habría significado la desaparición de las funciones que todavía cumplía el censo –de registro y clasificación patrimonial de los ciudadanos–, sino fundamentalmente el traslado de la función de «gran año» que, con su significado religioso, había tenido el lustro, a los juegos Capitolinos, lo que Censorino nos dice que sucedió en el consulado de Domiciano y Servio Corne-

²⁸ Así lo ha mencionado un poco antes el propio Censorino: *Quare agonus et in Elide Jovi Olympio et Romae Capitolino quinto quoque anno redeunte celebratur*. Suetonio, *Dom.*, 4, también señala como quinquenal la celebración de estos juegos capitolinos instaurados por Domiciano: *Instituit et quinquennale certamen Capitolino Iovi triplex, musicum, equestre, gymnicum*.

lio Dolabela, que cabe datar en 86 d. C., y sigue sucediendo en su época: *Rursus tamen annus idem magnus per Capitolinos agonas coeptus est diligentius servari*.

Me parece incuestionable que, si el mismo Domiciano que introdujo tal cambio, desempeñó la censura de por vida²⁹, lo que a partir de este emperador debe considerarse desaparecido es el censo lustral, dependiente hasta entonces de una ceremonia de profundo sentido religioso –el *lustrum*–, cuyo significado debió de transferirse a los juegos capitolinos por él reinstaurados³⁰. Según esto, el reinado de Domiciano no supuso la desaparición del censo, sino la secularización del censo, independiente ahora de la ceremonia religiosa del lustrum³¹.

²⁹ Dion Casio 53, 18, 5: «En lo que respecta a la censura, algunos de ellos (los emperadores) la desempeñaron conforme a la antigua práctica, y Domiciano, de hecho, la desempeño de por vida, pero esto no se hace ya actualmente; pues, por más que ostenten sus poderes, no son elegidos para el cargo y no usan el título sino en conexión con el censo». Dion Casio es contemporáneo de Alejandro Severo, y parece lógico pensar que si los emperadores habían seguido desempeñando hasta su época, en relación con el censo, las funciones de un magistratura ciudadana de tanto arraigo como la censura, era porque ese censo afectaba a los ciudadanos romanos. El título que se atribuye el propio Domiciano en su edicto sobre los privilegios de los veteranos (*FIRA* I, n° 76, c. II v. 10), que se data en 88-89 d. C., y que le habría facultado para ejercer la censura –como dice Dion– de por vida, es el de *censor perpetuus*.

³⁰ MOMMSEN, *Staatsrecht*, II, 1³, p. 352 (=DPR. IV, p. 25 s.) señala que la fecha de entrada en funciones de los censores, aun no siendo fija, solía ser en la primera parte del año. Por otra parte, él mismo, *op. cit.* p. 338 nt. 1 i. f. y nt. 2 (=DPR. IV, p. 9 nt. 1 i. f. y nt. 2), data el comienzo de la censura perpetua de Domiciano no antes de septiembre de 84 d. C. (algo tardía) o a comienzos de 85 d. C. (en cuyo caso se habría ajustado a la costumbre). En *op. cit.*, p. 352 s. (=DPR. IV, p. 26 s.) indica que el lustrum se realizaba al año siguiente de la entrada en funciones del censor. Lo que señala Mommsen implica, a mi juicio, que el lustrum que no realizó Domiciano habría debido cumplimentarlo en 86 d. C. Esto es algo que nos confirma el texto de Censorino. Sabemos, en efecto, que escribe su *de die natali* en 238 d. C., año del consulado de Ulpio y Ponciano (*de die natali* 21: *nisi fallor hic annus, cuius velut index et titulus quidam est V. C. Pii et Pontiani consulatus*), y él mismo nos dice (18, 4) que cuando escribe se acababan de celebrar los trigesimonovenos juegos Capitolinos: *Itaque hoc nunc anno qui celebratus est agon undequadragensimus numeratur*. Eso significa treinta y ocho periodos completos de cuatro años (152 años) entre los primeros renovados juegos y los celebrados cuando él escribe, periodo que, restado al 238 d. C., nos da el mismo 86 d. C. en que Domiciano hubiera debido realizar su omitido lustrum, que fue, en cambio, el año en que, en su consulado con Dolabela, recuperó los juegos capitolinos con la función de «gran año» como menciona Censorino. Todo ello, en conclusión, permite suponer que, como sugerimos, la asunción de la censura como perpetua por Domiciano se relacionó con el traslado de la función del lustrum, como «gran año» de los romanos, a los juegos capitolinos, desapareciendo aquella ceremonia lustral que concluía el censo, pero nada más. Sostener la desaparición del censo, en cuanto registro de ciudadanos y sus fortunas, porque desapareció el lustrum –algo que, como hemos visto, no hizo tampoco Mommsen– es, a nuestro juicio, afirmar más de los que dicen las fuentes.

³¹ Es posible que estos cambios en el censo y la magistratura de la que dependía decididos por Domiciano fueran acompañados de cambios en otras funciones también encomendadas a los censores republicanos. Así, por ejemplo, DEMOUGUIN, *L'Ordre équestre sous les Julio-Claudiens*

Si esto fue así, cabe entender que Ulpiano hable de que se manumitían por el censo antiguamente quienes en el censo *lustral*, en Roma, se inscribían entre los ciudadanos con orden de sus dueños³². Para Ulpiano, en efecto, la época que, acabando en Vespasiano –último emperador en realizar el *lustrum*, según Censorino– se remontaba a Servio Tulio, no dejaba de ser una época antigua. Pero que el censo en su época ya no dependiera de una ceremonia religiosa como el lustrum, y que los esclavos ya no debieran manumitirse en dicho censo lustral en Roma no significa, a mi juicio, que hubieran desaparecido el censo y la manumisión por el censo, sino únicamente un cambio más³³, aunque

(Roma 1988) p.184 ss., relaciona esta desaparición de la censura republicana bajo Domiciano con la definitiva sustitución de la *recognitio equitum*, por la que los censores republicanos elegían a los miembros del *ordo equester* cada cinco años, por la *probatio equitum* anual, comenzada por Augusto, y que habría coexistido con aquella *recognitio* en las censuras imperiales hasta Vespasiano. Otras funciones tradicionalmente atribuidas a los censores, como las relacionadas con la licitación de las obras públicas, también habían sido progresivamente absorbidas por las nuevas magistraturas imperiales, y algo parecido sucederá con los ingresos públicos o *vectigalia populi Romani*, en los que la intervención censoria en el marco del *Aerarium populi Romani* quedará desplazada por el desarrollo del fisco imperial. Todo esto ayuda a entender la afirmación de Dion Casio, 53, 18, 5 –cit. nt. 29– de que el título de censor lo usan los emperadores en su época sólo en relación con el censo.

³² No hay que olvidar que, a partir de la ley Elia Sencia, sólo obtenían la ciudadanía aquellos esclavos que hubieran sido manumitidos en forma civil –*vindicta, censu, testamento*– y tuvieran treinta años, o siendo menores de tal edad, aquellos en los que concurrieran ciertos méritos que debía apreciar un consejo presidido por el magistrado ante quien dichos esclavos menores debían ser manumitidos por la *vindicta*. Esto significa, a nuestro juicio, que un esclavo podía encontrarse con la circunstancia de que su dueño lo manumitiera ordenándole inscribirse en el censo de los ciudadanos –pues tal era, en esencia, la manumisión por el censo republicana–, sin que pudiera hacerlo por no cumplir el requisito de edad. Nos encontraríamos así con una categoría de esclavos manumitidos «por el censo» que finalmente no figuran en el censo de los ciudadanos. Quizá a esta paradoja se refiriese el Ep. Ulp. 1, 18 cuando señala que antiguamente –*olim*– en el censo lustral, los esclavos debían inscribirse entre los *cives* para quedar manumitidos. Lo que contrastaría con la nueva situación, posterior a la ley Elia Sencia, en la que podría darse el caso de un esclavo al que su dueño manumite por el censo, sin que llegue a poder inscribirse en el censo, por falta de edad, lo que habría afectado a su ciudadanía, pero no a su libertad.

³³ Como también había supuesto un cambio la descentralización del censo que supuso la extensión de la ciudadanía a toda Italia (*vid. supra*, nota 16). Es importante señalar que la incorporación de los datos locales al censo de Roma que ordenaba la tabla de Heraclea, vv.149 ss., debía hacerse antes del término del censo hecho en la capital, lo cual significa que los resultados del censo, integrados por los de todos los municipios de Italia, eran objeto de la *lustratio* que culminaba la censura. En consecuencia, este censo descentralizado de finales de la República seguía siendo tan lustral como el antiguo censo realizado únicamente en Roma, que siguió realizándose en la capital. Pero esto significaría, a la vez, que los censos de los que consta que acabaron en un lustrum, como los de Augusto, Claudio y Vespasiano, fueron censos de todos los *cives* del imperio: *vid.* nota siguiente.

importante, en la historia de esa longeva institución³⁴. Ep. Ulp. 1, 8 reflejaría así la desaparición del lustrum, no la desaparición del censo.

³⁴ El censo que siguió realizándose en la Urbe, al que se incorporaban los datos de los municipios de Italia según nos informa la tabla de Heraclea, también sufrió posteriormente cambios: Suetonio, *Aug.* 40, señala que Augusto «*Populum recensum vicatim egit*», lo que parece una novedad ya introducida por César –Suetonio, *Caes.* 41: *Recensum populi nec more nec loco solito, sed vicatim per dominos insularum egit*–. PIERI, *L'histoire du cens*, cit., p. 183 ss, esp. p. 191 ss., a la vista de los cambios que cita Suetonio y de otras fuentes, piensa que Augusto, en vez de ordenar a todas las comunidades de Italia y de las provincias censar a la vez a todos los ciudadanos residentes en ellas, habría compuesto su censo a partir de las listas locales de ciudadanos, que se realizaban de manera periódica e independiente. El censo habría dejado así de ser el viejo censo republicano, que señalaba la posición del ciudadano y su honorabilidad dentro de la sociedad romana, para ser un registro de los ciudadanos y los bienes, útil para la aplicación de la legislación imperial, y esto lo aproximó al censo provincial, que tenía esa misma finalidad. Pero todos estos cambios en la estructura del censo, ya fuera el realizado en los municipios, ya en la Urbe, existentes ya bajo Augusto, no alteraron, en cambio, el carácter lustral del censo. A la lúcida argumentación de Pieri cabe añadir que este entronque con la tradición republicana, a través del *lustrum*, de una realidad ya muy distinta de la vivida bajo la República, aunque pudo ser conveniente en el momento del cambio de régimen, era ya prescindible bajo Domiciano, razón por la que la ceremonia todavía mantenida por Augusto y Claudio, e incluso por Vespasiano, desapareció con su hijo, permaneciendo en cambio el nuevo censo ciudadano imperial. A la vez, cabe objetar que el modelo que propone Pieri, de un censo compuesto por listas locales de ciudadanos actualizadas en diferentes momentos y lugares, parece más defendible a partir precisamente de la desaparición del lustrum, como evento que databa la recopilación general de los datos contenidos por el censo. PIERI, op. cit., p. 189, al preguntarse si la forma de componerse el *census populi Romani* que refleja la tabla de Heraclea siguió siendo empleada por Augusto, señala que favorecen esta hipótesis sendos testimonios epigráficos que mencionan la existencia de *duoviri quinquennales* –los encargados de realizar el censo– en Venusia el 29 a. C. (CIL. IX, 422) y en Brixia el 8 a. C. (CIL. V, 4201) lo que les relacionaría con los censos augústeos de 28 y 8 a. C., respectivamente. Pero la existencia de otras referencias epigráficas a censos municipales en fechas no coincidentes con los censos de ciudadanos le hacen pensar que las noticias sobre Venusia y Brixia no son concluyentes, y que cada comunidad hacía su censo sin preocuparse de hacerlo coincidir con las comunidades vecinas. A mi juicio, ambas posturas no son inconciliables. Quizá cada comunidad mantuvo su autonomía para realizar el censo local cuando mejor le conviniera, pero con obligación de actualizarlo cuando se ordenara el censo general del pueblo Romano. Esto significaría que todavía Augusto, Claudio y Vespasiano, habrían contado con un censo general de los ciudadanos del Imperio en el momento del respectivo lustrum –contra lo que pensaba Mommsen, *loc. cit. supra*, nota 14–. Esta idea pudo verse dificultada por la aparición de un fragmento de *Fasti* en Ostia, en 1941, que daba unas cifras para el censo de 14 a. C. inferiores a las consignadas en las *Res Gestae*, en cuanto esa divergencia intentó explicarse considerando que la cifra mayor habría incorporado a los *cives* de las provincias, en una especie de añadido, lo que abonaría la idea de un censo compuesto por sucesiva agregación de datos; pero hoy domina la opinión de quienes creen que no hay tal divergencia, sino un error paleográfico: *vid.* NICOLET, *les Fastes d'Ostie et les recensements augustéens*, en *Censeurs et publicains. Économie et fiscalité dans la Rome antique* (Paris 2000)(=Epigrafia. *Actes du colloque en mémoire d'A. Degraffi* [Rome 1991]) p. 189-196). Cabe pensar, en consecuencia, que fue la supresión del *lustrum* el origen de esa desestructuración –o desaparición, insisto– del censo de los ciudadanos.

En cierto sentido, esta idea de que el censo habría seguido cumpliendo sus funciones, pero desligado ahora de la ceremonia lustral, es lo que creo que vendría a exponer el conocido texto del fragmento Dositeano, 17:

Et qui censu manumittitur, si triginta annos habeat, civitatem Romanam apiscitur. Census autem Romae agi solet et peracto censu lustrum conditur: est autem lustrum quinquennale tempus, quo Roma lustratur. Sed debet hic servus ex iure Quiritium manumittentis esse, ut civis Romanus fiat³⁵. magna autem dissensio est inter peritos, utrum hoc tempore vires accipiant omnia, in quo census agitur, an eo tempore, in quo lustrum conditur: sunt enim, qui existimant non alias vires accipe-

³⁵ El texto de frag. Dos. 17 introduce la discusión de si ha de atenderse al momento de la inscripción en el censo o al del *lustrum* tras mencionar que el esclavo, para alcanzar la ciudadanía, debe tener treinta años, y debe pertenecer *ex iure Quiritium* a quien lo manumite. Ambas circunstancias podían suponer un efecto jurídico para la *manumissio censu* muy diverso según las opiniones en discusión. En efecto, para quienes lo inscrito en el censo no adquiría validez *nisi haec dies sequatur, qua lustrum conditur*, porque entendían que *censum descendere ad diem lustrum, non lustrum recurrere ad diem census*, cabe suponer que el esclavo que se inscribió a punto de cumplir treinta años, o siendo todavía esclavo de un propietario pretorio, habría alcanzado la ciudadanía si para el momento de realizarse el lustro hubiera alcanzado los treinta años, o se hubiera consumado la usucapición: a quien pretendiera inscribirse sin haber alcanzado esos treinta años, o sin que se hubiera consumado la usucapición, no podría prohibírsele tal inscripción, siempre que pudiera preverse que habría de tener la edad requerida o que se habría consumado su usucapición cuando fuera a realizarse el *lustrum*. Esta interpretación podía así resultar favorable para el esclavo, al procurarle la ciudadanía, pero también tenía sus riesgos: así, por ejemplo, cabe pensar que para los defensores del lustro como fecha de validez de lo inscrito en el censo, un esclavo cuya manumisión hubiera sido inscrita pero pereciese antes de que el lustro hubiera tenido lugar, habría muerto esclavo, y si acaso hubiera hecho testamento tras inscribirse, éste sería nulo. En cambio, cabe pensar que, para quienes defendían que existían efectos jurídicos desde el momento de la inscripción, ni el esclavo todavía *in bonis* ni el todavía menor de treinta años en el momento de la inscripción habrían podido inscribirse como ciudadanos, con independencia de que, para el momento del *lustrum*, hubieran podido alcanzar la treintena o ser usucapidos. MOMMSEN, *Staatsrecht* II, 1³, cit., p. 333 nt. 3(=DPR. cit., p. 4 nt. 2) ya señaló las implicaciones de ambas opiniones en lo referido al momento en que debía entenderse alcanzada la libertad por el esclavo manumitido *censu*, pero el contexto del fragmento dositeano, que constantemente contrapone la libertad juniana a la libertad civil, hace sospechar que para esa época tal discusión pudo ventilar algo más, como era si la orden o *iussu* del dueño al esclavo para que se inscribiera en el censo podía conferir la simple libertad juniana o la libertad civil, dependiendo de en qué momento se entendiese que debía producir efectos la inscripción, y de si para tal momento el esclavo cumplía o no las condiciones que la legislación de Augusto imponían para poder adquirir la ciudadanía. Cabe incluso pensar que esta discusión, y las dificultades prácticas que suponía adoptar un punto de vista u otro, pudo ayudar a la solución finalmente adoptada por Domiciano, de suprimir el lustro. La circunstancia de que el fragmento 17 del Dositeano se interrumpa bruscamente impide saber si nuestro texto habría podido explicar la forma en que la desaparición del lustro habría afectado a la discusión de los peritos.

re, quae aguntur in censu, nisi haec dies sequatur, qua lustrum conditur; existimant enim censum descendere ad diem lustrum, non lustrum recurrere ad diem census. quod ideo quaesitum est, quoniam omnia, quae in censu aguntur, lustrum confirmantur: sed in urbe Roma tantum censum agi notum est; in provinciis autem magis professionibus utuntur.

La asunción de la censura como perpetua por Domiciano le facultaba para realizar el *lustrum*, pero, si hemos de creer a Censorino, ni él ni los posteriores emperadores volvieron a realizar tal ceremonia, que habría desaparecido, esta sí, del panorama constitucional romano. Pero la discusión que describe el fragmento Dositeano³⁶ podría explicarse por distintas razones. Así, cabría pensar que la circunstancia de que *lustrum* no se hubiera realizado desde Vespasiano todavía no significaba que un nuevo emperador –deshaciendo las innovaciones de Domiciano– no pudiera volver a realizarlo³⁷, y la discusión en torno a si los datos del censo necesitaban de la confirmación del *lustrum* –algo que ya se preguntaba Cicerón³⁸– había seguido viva entre los peritos, como señala el fragmento. Otra explicación de esta extensa mención en Dosit. 17 de la discusión doctrinal en torno al valor de un *lustrum* ya en esa época desaparecido podría ser que este fragmento, en su parte perdida, pudiera referirse precisamente a tal desaparición del *lustrum* y a la superación de la discusión doctrinal que tal desaparición habría supuesto.

Lo que resulta históricamente indiscutible es que ese *lustrum* de cuya necesidad se discute todavía en la época del fragmento dositeano no volvió a celebrarse, como señala Censorino, y es esa desaparición del censo lustral la que recuerda Ep. Ulp. 1, 8. Ahora bien, que el censo ya no culmine con el *lustrum* –por lo que deja de ser *lustralis*– no bastaría para concluir que desapareciera el censo de los ciudadanos en época clásica.

³⁶ SECKEL Y KÜBLER, en HUSCHKE, *Iurisprudentia Anteiusiniana* I (Lipsiae 1908) p. 419, lo datan en la primera parte del s. II. d. C.

³⁷ Desde Augusto a la censura de Claudio median más de treinta años, y entre la de Claudio y la de Vespasiano, veinticinco: MOMMSEN, *Staatsrecht*, II, 1³, cit., p. 338 nt. 1 (=DPR. IV, p. 9, nt. 2). Si los emperadores Antoninos hubieran retomado la realización del *lustrum*, no hubiera mediado mucho mayor periodo entre el recuperado lustrum y los anteriores.

³⁸ En *De oratore*, 1, 40, 183: *Quid? De libertate, quo iudicium gravius esse nullum potest, nonne ex iure civili potest esse contentio, cum quaeritur, is, qui domini voluntate census sit, continuone, an, ubi lustrum sit conditum, liber sit?*

4. LA NECESIDAD DEL CENSO DE CIUDADANOS BAJO EL PRINCIPADO

Si las fuentes que hasta ahora hemos citado apuntarían, a nuestro juicio, a la desaparición del lustrum, más que a la del censo, la pervivencia de éste bajo el Imperio parece deducirse también del hecho de que los datos que recogía el censo republicano sobre los ciudadanos, relativos a su nombre, filiación, edad y patrimonio, siguieron siendo datos esenciales para determinar ciertos derechos y deberes ciudadanos establecidos por la nueva legislación imperial.

La tabla de Heraclea es quizá la fuente que de manera más resumida expone cuál era el contenido del censo republicano³⁹, aunque recogido en su época, no en Roma, sino en los municipios de Italia, siguiendo la fórmula del censo de la capital. En ella se ordena a a quienes estén al frente de la localidad en el momento de llevarse a cabo el censo de Roma:

v. 146: *omnium... quei c(ives) R(omanei) erunt censum agito eorumque nomina praenomina, patres aut patronos, tribus, cognomina, et quot annos quisque eorum habet, et rationem pecuniae ex formula census, quae Romae ab eo qui tum censum populi acturus erit, proposita erit, ab iis iuratis accipito.*

Los encargados de realizar el censo han de recoger, de todos los ciudadanos, el nombre completo, con los apodos o *cognomina*, la tribu⁴⁰, la filiación –que permite determinar si el declarante es ingenuo o libertino–, su edad y su patrimonio, debiendo valorarse sus bienes conforme a lo previsto por quien dicte la fórmula del censo para Roma⁴¹. Y debe declararse todo ello bajo juramento.

El conocimiento de todos estos datos siguió siendo, como decimos, imprescindible para poder aplicar la nueva legislación del Principado, obra en

³⁹ Sigue siendo fundamental, respecto al contenido del censo bajo la República, la exposición de MOMMSEN, *Staatsrecht* II, 1³, p. 359 ss. (=DPR. IV, p. 35 ss.).

⁴⁰ La mención de la tribu de los ciudadanos tendría que ver con el orden de confección del censo republicano: sobre esto *vid.* MOMMSEN, *Staatsrecht* II, 1³, p. 371 s. (=DPR. IV, p. 48). La documentación conservada en los papiros egipcios que mencionamos en nt. 72 señala todavía la tribu de procedencia de los ciudadanos romanos que en ellos se citan, lo que significaría que también este dato sería algo conocido, seguramente porque se conservaba todavía en el censo, y esto mismo parece confirmar la tabula banasitana –*AE*. 1961, 00142–, de 177 d. C. –ver SESTON Y EUZENAT, *La citoyenneté romaine au temps de Marc Aurele et de Commode, d'après la Tabula Banasitana*, en *CRAI*. 105, 2 (1961) 317–32– en la que los firmantes incluyen, junto con su nombre, su tribu.

⁴¹ La recogida de todos estos datos se hacía por familias, siendo obligación del *pater* registrar a los que dependían de él. Sobre esto MOMMSEN, *Staatsrecht* II, 1³, p. 365 s. (=DPR. IV, p. 41 s.). El *gnomon* del *Idios Logos* § 58 sanciona a quienes no se hubieran inscrito en el censo, o no hubieran inscrito a quienes debían, con la pérdida de un cuarto de su patrimonio.

gran medida de Augusto, pero que continuó vigente durante toda la época clásica, y que afectó tanto a aspectos de la intervención de los ciudadanos en la vida pública del Imperio, como a aspectos de su derecho privado. Sin ánimo de ser exhaustivos, citaremos algunos casos en que la filiación, la edad o el patrimonio establecían tanto ventajas como cargas para los ciudadanos. Ventajas que no habrían podido ser pretendidas y cargas que hubieran podido ser eludidas si no constaran de algún modo al poder público los datos sobre los que unas y otras se fundaban.

En ese sentido, cabe decir que la única fuente con que pudo contar la nueva administración imperial para establecer todos estos datos siguió siendo el censo, con nuevas características en su estructura –como la independencia del *lustrum* a partir de Domiciano–, pero censo a fin de cuentas. Una determinada filiación, edad y patrimonio fueron requisitos exigidos para ejercer ciertos derechos en la vida pública, y también en la privada. Por eso conviene que nos detengamos brevemente en examinarlos.

a) *La filiación*

La filiación permitía establecer si el ciudadano era ingenuo, lo que suponía una condición necesaria para poder acceder a las magistraturas y otros cargos municipales, de los que quedaban excluidos los libertos. Así, la ley municipal augústea exigía como requisito para presentarse a una magistratura que el candidato fuera *ex eo genere ingenuorum hominum de quo h(ac) l(eg)e cautum comprehensum est*⁴², y una *lex Visellia* de época de Tiberio habría castigado a aquellos libertos que, contra lo dispuesto en la ley municipal, hubieran intentado obtener los honores reservados a los ingenuos⁴³. La ley municipal también exigía que los jueces municipales fueran elegidos *ex decurionibus conscriptisve... <et> ex reliquis municipibus qui praeter decuriones conscriptosve ingenui erunt*⁴⁴. Esta última precisión, y lo dispuesto por la ley Viselia antes citada,

⁴² *Lex Irn.* 54. Siguiendo a D'ORS, A., *La ley Flavia municipal* (Roma 1986) –en adelante *LFM*–, p. 13 ss., creemos que la ley Irnitana, como las restantes leyes municipales encontradas en España –de Málaga, Salpensa, Basilipo e Itálica– serían copias locales de un modelo de ley municipal concedido, seguramente por Domiciano, a los nuevos municipios de *ius Latii* de Hispania y que habría acomodado a la realidad provincial una *lex Iulia municipalis* dada por Augusto a los municipios de Italia.

⁴³ *CJ.* 9, 21. Seguimos en esto a D'ORS, A., *LFM*, p. 98.

⁴⁴ *Lex Irn.* 86.

permiten afirmar que también los decuriones debían ser *ingenui*; una exigencia que no parece haber existido en la época republicana⁴⁵. En el caso de los aspirantes al orden ecuestre, el requisito de ingenuidad se requería también de su padre y abuelo paterno⁴⁶. Por su parte, la ley Julia matrimonial había prohibido a los senadores y a sus descendientes contraer nupcias con mujeres de condición libertina⁴⁷. En todos estos casos, el censo habría seguido siendo bajo el Principado la fuente más inmediata para, comprobada la condición social del ciudadano, garantizar el cumplimiento de aquellas leyes.

b) *La edad*

La tabla de Heraclea señala en segundo lugar la edad como dato que se declaraba en el censo. Sabemos que siguió declarándose en los censos de ciudadanos concluidos por Claudio y Vespasiano⁴⁸, lo que resulta lógico, puesto que haber cumplido una determinada edad era un requisito en muchos ámbitos del Derecho, tanto público como privado. Así, por ejemplo, se requerían veinticinco años para acceder a las magistraturas municipales⁴⁹ o al cargo de juez⁵⁰. Algunas cargas asociadas a los honores, como la de formar parte de las legaciones del municipio los decuriones⁵¹, cesaban alcanzados los sesenta

⁴⁵ La republicana tabla de Heraclea, vv. 89 ss., establece diversas limitaciones para acceder a los cargos públicos *in municipiis coloneis praefectureis foreis conciliabuleis c(ivium) R(omanorum)*, pero no habla de *ingenuitas*.

⁴⁶ Plinio, *Naturalis Historia*, 33, 32-33: *hac de causa constitutum, ne cui ius (anulorum aureorum) esset nisi qui ingenuus ipse, ingenuo patre, avo paterno (sestertium) C C C census fuisset, et lege Iulia theatri in quattuordecim ordinibus sedisset*.

⁴⁷ Ep. Ulp. 13, 1: *Lex Iulia prohibentur uxores ducere senatores quidem liberique eorum libertinas et quae ipsae quarumve pater materve artem ludicram fecerit*: la prohibición se extendía también a las ingenuas que hubieran trabajado –ellas, su padre o su madre– en el *ars ludicra* –lo que hoy llamamos «el mundo del espectáculo»–. D. 23, 2, 44-Paulo 1º *ad legem Iuliam et Papiam*, cita literalmente el precepto legal.

⁴⁸ Plinio, *Naturalis Historia* 7, 49, 159 cita a un ciudadano que se censó en la censura de Claudio con ciento cincuenta años, y en *Naturalis Historia* 7, 49, 162 ss., presenta muchos ejemplos de centenarios censados por Vespasiano y Tito.

⁴⁹ *Lex Irn.* 54. En la tabla de Heraclea vv. 89 ss. se exigían treinta años. Treinta y cinco años se requerían para poder ser nombrado prefecto por el *dunviro*: *Lex Irn.* 25.

⁵⁰ *Lex Irn.*, 86; quedaban exentos los mayores de sesenta y cinco años. La misma edad para figurar en el álbum exigen los edictos de Augusto *ad Cyrenenses*, I, v. 16, y Claudio prohibió que se dieran *recuperatores* de veinticuatro años: FIRA. I, nº 44, col. I, v. 2.

⁵¹ La obligación de formar parte de las legaciones era una de las más pesadas cargas del decuriano, razón que explicaría el relativamente amplio tratamiento que de esta función y sus exenciones hallamos entre los juristas clásicos: D. 50, 7. Sobre este título del Digesto, recién-

años⁵². La obligación de los habitantes del municipio de contribuir a los trabajos comunes en provecho del municipio se extendía desde los quince a los sesenta años⁵³.

En el ámbito del derecho privado, la edad determinaba el sometimiento a la legislación caducaria⁵⁴, que afectaba a los derechos sucesorios; limitaba la capacidad para testar⁵⁵ y para manumitir⁵⁶, y permitía acudir al expediente pretorio de la *restitutio in integrum*⁵⁷.

temente DE CASTRO-CAMERO, *Ordo decurionum y legaciones municipales. Estudio palinagénico de D. 50, 7 de legationibus*, en *Senados municipales y decuriones en el occidente romano* (Sevilla 2013) pp. 69-95.

⁵² Quedaban incluidos en la lista de los obligados a formar parte de las legaciones los decuriones menores de esa edad: *Lex Irn.* 44; pero, una vez nombrados, podían eximirse de esta carga jurando que tenían sesenta años –*Lex Irn.* 45–, lo que debe entenderse en el sentido de que los habían cumplido entre la confección de la lista y la elección de la embajada: *vid.* D'ORS, A., *LFM.*, p. 121 ss. La existencia de esta posibilidad de eximirse de la designación para la embajada sobre la base de un juramento podría explicarse porque, a la entrada en vigor de la ley municipal augústea, a la que cabe remitir esta regulación de la ley flavia municipal, habrían existido los medios para determinar la edad de los decuriones, pues figuraría en el censo municipal –que sabemos que existía por la tabla de Heraclea–, y ello permitiría hacer las listas de decuriones obligados a esta carga; pero, a la vez, esta información no alcanzaría en esa época a precisar la fecha de su nacimiento, lo que explicaría el recurso al juramento; con la aparición de las declaraciones de nacimiento introducidas por las leyes matrimoniales de Augusto, en las que ordinariamente figura tal fecha, a medida que avanzara el tiempo, este juramento de los decuriones respecto a su edad quizá hubiera resultado menos necesario, en la medida en que su edad pudiera probarse incontestablemente a partir de estas nuevas *professiones liberorum*: *vid.* sobre éstas SÁNCHEZ-MORENO ELLART, *Professio liberorum. Las declaraciones y los registro de nacimientos en derecho Romano, con especial atención a las fuentes papirológicas* (Madrid 2002). Una exención similar a ésta de las embajadas presentan los edictos de Augusto *ad Cyrenenses*, V, vv. 111 s., que nos transmiten el texto de un senadoconsulto *de repetundis* en el que se exime de formar parte de los tribunales para juzgar de este crimen a los senadores mayores de setenta años.

⁵³ *Lex Irn.* 83: *De munitione*. La prestación de servicios por debajo o por encima de la edad legal era voluntaria.

⁵⁴ En virtud de las leyes Julia matrimonial y Papia Popea los cónyuges veían limitado su *ius capiendi*, con algunas excepciones, si no tenían descendencia, pero este requisito se exigía a las mujeres entre los veinte y los cincuenta años y a los hombres entre los veinticinco y sesenta años, y fue modificado por algunos senadoconsultos: Ep. Ulp. 16: *de solidi capacitate inter virum et uxorem*.

⁵⁵ Gayo 2, 113. Para los varones, el sometimiento a la tutela duraba hasta la pubertad, o capacidad de generar. Los proculeyanos la entendían alcanzada a los catorce años, pero esta era una opinión propia de esa escuela: Ep. Ulp. 11, 28.

⁵⁶ Gayo, 1, 38-41; Frag. Dos. 13; Ep. Ulp. 1, 13. En virtud de la ley Elia Sencia se invalidaba cualquier manumisión dispuesta por un dueño menor de veinte años, salvo la *manumissio vindicta* aprobada por el consejo del magistrado ante quien la manumisión se realizaba.

⁵⁷ El pretor defendía a los menores de veinticinco años: D. 4, 4: *de minoribus viginti quinque annis*; CJ. 2, 22: *de in integrum restitutione minorum viginti quinque annis*. El patrono menor de esa misma edad perdía sus derechos a la sucesión del liberto al que hubiera demandado por una pena capital, o como esclavo en una causa liberal: D. 38, 2, 14.

En todos estos casos es evidente que el censo habría seguido aportando una prueba decisiva respecto a la edad, e indirectamente, los deberes o derechos ciudadanos. Un interesante texto, referido precisamente a la *restitutio in integrum*, se refiere a unas *professiones* que podrían ser las del censo:

CJ. 2, 42, 1 *Imp. Alexander A. Maximianae: si cum minor annis viginti quinque esses, tabulis quae sunt tuarum professionum oblati tibi aetatem quasi maior annis viginti quinque decepta probasti, in integrum restitutionem intra statutum legibus tempus etiam post impletam aetatem de omnibus intra aetatem adversus te gestis postulare apud eum, cuius de ea re iurisdictio est, potes.*

A la restitución integral intentada por la actora se oponían las *tabulae quae sunt tuarum professionum*, de las que resultaba ser mayor de esa edad, pero la demandante –no sabemos bien en qué tipo de procedimiento– había conseguido probar el error de dichas *professiones*, lo que le abría la posibilidad de ejercitar la restitución. Se ha relacionado estas *professiones* del texto con las declaraciones de natalidad que, a partir de Augusto y por obra de su legislación, aparecen entre las fuentes, principalmente papirológicas⁵⁸. Pero nos parece más probable que el texto se estuviera refiriendo a una serie de declaraciones reiteradas y concordantes que presentaban a la interesada como mayor de veinticinco años, pues nos habla de «tus declaraciones» –*professiones tuarum*–, en plural. Es evidente que si las *professiones tuarum* fueran las hechas personalmente por la demandante, no podrían ser la declaración de nacimiento; sin embargo, me parece más probable que esas *professiones tuarum* sean «las relativas a ti»; en ese caso, pudo haber hecho las *professiones* aquel bajo cuya potestad se hallaba la interesada⁵⁹, pero esto vale tanto para la declaración de nacimiento como para las sucesivas declaraciones censales hechas por su *paterfamilias* a lo largo de la vida de aquélla, y las hechas por ella misma una vez *sui iuris*. Ahora bien, declaraciones censales pudo haber varias a lo largo de los veinticinco años que duró el equívoco, en tanto que *professio natalis* sólo pudo haber una. Eso me inclina a pensar que las *professiones* –en plural– que menciona el texto se relacionan con el censo, en el que habría seguido siendo necesario mencionar la edad de los inscritos. Apoya esta idea, a mi juicio, un interesante texto de Plinio, ya citado,

⁵⁸ En este sentido, SANCHÉZ-MORENO ELLART, *Professio liberorum*, cit., p. 53 s. Sobre el origen augústeo de esta documentación –no atribuible, contra SHA., *Vita Marci*, 9, 7-9, a Marco Aurelio–, *ibid.* p. 30 ss.

⁵⁹ *Vid. supra*, nota 41.

que nos habla de la extraordinaria edad de un ciudadano censado en tiempos de Claudio, que quedaba probada por distintos censos:

Naturalis Historia 7, 48, 159: *in Tmoli montis cacumine, quod vocant Tempsin, CL annis vivere Mucianus auctor est, totidem annorum censum Claudii Caesaris censura T. Fullonium Bononiensem, idque collatis censibus, quos ante detulerat, vitaeque argumentis –etenim curae principi id erat– verum apparuit.*

Según esta fuente, el boloñés T. Fulonio se inscribió en el censo de Claudio con la edad de ciento cincuenta años, y esa cifra quedó confirmada por las que había declarado en los censos anteriores –*collatis censibus, quos ante detulerat*–, y por diversas circunstancias de su vida, que hizo indagar el mismo emperador. Aquí se ve también que la serie sucesiva y concorde de declaraciones censuales era la base más fiable para dar fe de la edad de un individuo. Con esta serie de declaraciones concordes podría relacionarse también otro interesante texto que se refiere a diversas *professiones* contradictorias:

D. 22, 3, 13–Celso 30° *digestorum*: *Cum de aetate hominis quaereretur, Caesar noster in haec verba rescripsit: «Et durum et iniquum est, cum de statu alicuius aetatis quaereretur et diversae professiones proferuntur, ea potissimum stare, quae nocet: sed causa cognita veritatem excuti oportet et ex eo potissimum annos computari, ex quo praecipuam fidem in ea re constare credibilius videtur».*

Aunque también ha querido verse en este texto una referencia a las declaraciones de natalidad⁶⁰, es más fácil pensar que estas *diversae professiones* contradictorias pudieron ser las existentes en sucesivos censos, o quizá entre la edad que resultara de distintas declaraciones censales concordes y la *professio natalis*⁶¹. En cualquier caso, lo que hacen pensar estos textos es que la edad

⁶⁰ SANCHEZ-MORENO ELLART, *Professio liberorum*, cit., p. 45. La problemática que trata el autor, respecto al valor probatorio de las *professiones* –sean del censo o del nacimiento de hijos– es común a unas y otras.

⁶¹ LENEL, *Palingenesia Iuris Civilis* I (Leipzig 1889; reimp. Aalen 2000) col. 164, coloca este texto como número 242 de los de Celso, bajo la rúbrica [*ad legem Iuliam et Papiam*]; cabría pensar, según esto, que el rescripto imperial establecía esta necesidad de valorar las *professiones* contradictorias junto con otras pruebas que permitieran determinar fiablemente la edad en el contexto del cómputo de la edad que las leyes Julia y Papia requerían para ciertas ventajas hereditarias: así, por ejemplo, la existencia de hijos premuertos que hubieran llegado a cierta edad, permitía a sus padres, si murieran sin hijos, heredarse entre sí: *vid. infra*, nota 68. Pero no descartaríamos que este texto del libro trigésimo de los *digesta* de Celso perteneciera al comentario, no de las leyes Julia y Papia, sino de la Ley Elia Sencia, a la que, según Lenel, *loc. cit.*, pertenecen los textos del precedente libro 29° *digestorum*. Lo que parece inclinar a Lenel a considerar nuestro texto parte

pudo seguir siendo conocida a partir de las declaraciones públicas o *professiones* relativas a los interesados, y nada impide pensar, a la vez, que tales *professiones* fueran las hechas con ocasión del censo, más que las *professiones liberorum*, realizadas para dejar constancia del nacimiento de un hijo, por más que también éstas pudieran servir de prueba respecto a la edad de una persona⁶².

Excede el propósito de este trabajo resolver cuál pudo ser la relación entre ambos géneros de documentos –*professio natalis* y *professiones* censuales– pero sí creemos que la existencia de las declaraciones de natalidad no implica que sustituyeran la función del censo. En primer lugar, es discutido que fueran obligatorias, en tanto las *professiones* del censo sí lo habían sido en época

del comentario a las leyes Julia y Papia es que el otro texto de Celso 30º *digestorum* que el Digesto conserva –D. 23, 2, 23– cita expresamente la ley Papia. Pero podría suceder que también este texto correspondiera en realidad al comentario de Celso sobre la ley Elia Sencia: no olvidemos que una de las causas que, en aplicación de lo establecido por dicha ley respecto a la manumisión de esclavos menores de treinta años cuando se solicitara para ellos la ciudadanía romana, podía permitir al *consilium* que intervenía en tales manumisiones la atribución al esclavo de la ciudadanía, era la de querer contraer matrimonio el manumitente con la esclava manumitida –ahora liberta suya como consecuencia de esa manumisión que la hacía romana: Gai. 1, 19; D. 40, 2, 11, 13–. Esta posibilidad de obtener para una esclava la libertad, con ciudadanía, por el proyectado matrimonio –consecuencia de la aplicación de la ley Elia Sencia– quedaría, en cambio, restringida en el caso de los senadores y sus descendientes por aplicación de las leyes Julia y Papia, que les prohibía contraer matrimonio con libertas –*vid. supra* nota 47–, y esto explicaría la cita de esta última ley en lo que, a nuestro juicio, habría podido ser el comentario de Celso a la ley Elia Sencia. Volviendo a D. 22, 3, 13, si admitimos que podría provenir del ese comentario a la ley Elia Sencia, cabe pensar que el rescripto imperial que cita pudo referirse a la determinación de la edad de un esclavo que hubiera sido manumitido, en cuanto de ella dependía la obtención de la ciudadanía puesto que, a partir de la ley Elia Sencia, los esclavos menores de treinta años sólo bajo ciertas condiciones –Gayo 1, 18 ss.– podían obtener la ciudadanía, que sí alcanzaban, en cambio, los mayores de esa edad. Así, para un esclavo manumitido, de la prueba de su edad podía llegar a depender su condición de ciudadano. La edad de los esclavos era algo que debía manifestarse al censo, según sabemos por Ulpiano D. 50, 4, 5: un texto que no necesariamente ha de entenderse referido al censo de los provinciales, puesto que, al menos para Egipto, tanto los provinciales como los ciudadanos debían censarse, si atendemos al *gnomon* del *Idios Logos*, § 59, que inmediatamente señala su obligación de inscribir en el censo a los esclavos, § 60. A nuestro juicio, que D. 22, 3, 13 se estaría refiriendo a la edad del esclavo podría desprenderse del uso del término *homo*, empleado en las fuentes para referirse al esclavo, y también de que la dureza e injusticia que los mismos emperadores reconocen que implicaría el estar a la declaración más perjudicial, apunta a un aspecto tan crucial como el *status civitatis* –a lo que podría aludir la construcción, algo oscura, *cum de statu alicuius aetatis quaereretur*–. Una sucesión de dueños del esclavo podría explicar más fácilmente esta discordancia de las *professiones*. En cualquier caso, la conclusión es la misma: tanto para los ciudadanos, como para los esclavos manumitidos que, en virtud de su edad, podrían alcanzar la ciudadanía, la concordancia de las *diversae professiones* resultaría la prueba más plena de esa edad del interesado.

⁶² Como expresamente señala Modestino, 1º de *excusationibus*–D. 27, 1, 2 pr. y 1, a efectos de poder excusarse de la tutela por haber cumplido setenta años.

republicana y habrían seguido siéndolo al menos hasta el último censo lustral realizado por Vespasiano⁶³.

En segundo lugar, estas *professiones liberorum* se pueden explicar sin necesidad de una conexión con el censo, lo que no excluye que hubieran podido tenerla. En efecto, la abundante documentación papirológica egipcia que nos transmite estas declaraciones de nacimiento de hijos de romanos o provinciales pudo tener que ver más con la concesión de determinados privilegios a sus familias por razón de tales nacimientos que con la confección del censo propiamente dicho⁶⁴. Hay que tener en cuenta que la ley municipal, por ejemplo, hacía depender determinados honores de la vida pública del número de hijos⁶⁵.

⁶³ Entre las escasas referencias al censo en las obras de los juristas severianos, Ulpiano, indica la necesidad de manifestar la edad a la hora de censarse en 2º de *censibus*, D. 50, 15, 3 pr.: *Aetatem in censendo significare necesse est, quia quibusdam aetas tribuit, ne tributo onerentur: veluti in Syriis a quattuordecim annis masculi, a duodecim feminae usque ad sexagesimum quintum annum tributo capitis obligantur: aetas autem spectatur censendi tempore*. La mención del *tributum capitis*, al que no estaban sometidos los ciudadanos, podría hacer pensar que en su obra Ulpiano no trataba del censo de los *cives*, pero el jurista menciona el tributo como ejemplo de las razones que explican la necesidad de declarar la edad en el censo, y si en el caso de los provinciales una de ellas era la determinación de su sometimiento al tributo, en el caso de los ciudadanos también su edad se necesitaba para determinar otros muchos derechos y obligaciones igualmente importantes, como hemos señalado, lo cual permite sospechar, como venimos defendiendo en este trabajo, que debió de subsistir un censo ciudadano tras las reformas de Domiciano, con un contenido muy similar al del censo anterior, pero independiente de la ceremonia del *lustrum*, que desapareció con este emperador. Que la obra de Ulpiano se titule *de censibus*, en plural, podría también indicar que nuestro jurista trataba en ella de censos diversos, como podrían haber sido el provincial y el ciudadano, más que de las especialidades de censos de distintas provincias.

⁶⁴ En este sentido, SÁNCHEZ-MORENO ELLART, *Ypommemata epigeneseos*, cit., 93 ss. Modestino, 1º de *excusationibus*-D. 27, 1, 2, 3 señala que un determinado número de hijos –que no precisa, pero que debió de relacionarse con el *ius liberorum*– excusaba del ejercicio de la tutela: debía tratarse de hijos legítimos y vivos en el momento de asignarse la tutela.

⁶⁵ Así, sabemos por *lex Irn.* 40 que de este aspecto de la natalidad dependía el orden de intervención de los decuriones en la discusión de los asuntos sometidos a la curia. Por *lex Mal.* 56, sabemos que la ley municipal también decidía las elecciones a las magistraturas locales, en caso de empate de votos, en favor del candidato con más prole. Importa señalar que en los municipios de Hispania, a los que Vespasiano había concedido el *ius Latii minus*, por el que sólo obtenían la ciudadanía los munícipes que hubieran alcanzado las magistraturas locales (*Lex Irn.* 21; Gayo 1, 96), la constancia de esta natalidad importaba a todos los munícipes, y no sólo a los ciudadanos romanos –los únicos a los que podría interesar por motivos hereditarios: *vid.* notas siguientes–, pues también para los munícipes latinos, la mayor natalidad suponía la preferencia para ocupar un cargo recompensado con la ciudadanía, o, siendo decuriones, determinaba la prelación para intervenir en la curia. En este sentido, no debería resultar sorprendente que la concesión del *ius Latii* acabara extendiendo la práctica de las declaraciones de natalidad a los provinciales. Esto parece haber sucedido en Egipto –única provincia, por lo demás, de la que contamos con *professiones liberorum*– donde aparecen declaraciones de natalidad hechas por habitantes de ciudades griegas como Alejandría: *vid.* sobre esto SÁNCHEZ-MORENO ELLART, *Ypommemata epigeneseos*, cit., 98 ss.

Por su parte, las leyes Julia y Papia Popea habían privilegiado la natalidad reduciendo la edad de acceso a las magistraturas en razón de un año por cada hijo⁶⁶. Estas leyes limitaron también los derechos sucesorios de los casados sin hijos⁶⁷, y, a la hora de regular los derechos sucesorios entre cónyuges, tenían en cuenta la descendencia, también cuando les hubiera premuerto⁶⁸: esta descendencia premuerta desaparecería del censo en sus sucesivas renovaciones, pero convenía dejar constancia de que había existido. Estas disposiciones legales ayudan a entender cuán conveniente podía resultar conservar constancia pública de la existencia de esa natalidad, y la importancia de esas *professiones liberorum* para su prueba, y hacen pensar, a la vez, que no habrían sido exclusivas de Egipto.

Es evidente que la declaración de nacimiento de los hijos podía dar fe de que existieron, a efectos de conceder estas ventajas, aunque tales hijos, una vez muertos, hubieran desaparecido en las actualizaciones del censo posteriores. Los datos del censo, aunque pudieran dar fe de la composición familiar en el momento de realizarse éste, no bastarían así para probar la natalidad total de un ciudadano o ciudadana⁶⁹. Por lo demás, en cuanto tal natalidad, aunque no

⁶⁶ D. 4, 4, 2, Ulpiano 9º *ad legem Iuliam et Papiam*. El texto señala que Alejandro Severo interpretó esta ventaja restrictivamente, aplicándola a los honores, pero no a la posibilidad de gestionar su patrimonio el menor de veinticinco años sin que un *curator* le asistiera: *quod enim legibus cavetur, ut singuli anni per singulos liberos remittantur, ad honores pertinere divus Severus ait, non ad rem suam recipiendam*.

⁶⁷ Gayo, 2, 286ª menciona a la ley Papia como origen de la limitación de los derechos sucesorios de estos *orbi* precisamente *ob id, quod liberos non habent*, luego extendida a las herencias fideicomisarias por el senadoconsulto Pegasiano.

⁶⁸ Así, Ep. Ulp. 15, *de decimis*, explica que los cónyuges podían heredar recíprocamente una décima parte de la herencia, y el usufructo de una tercera. Este derecho sucesorio podía aumentar cuando sobrevivieran hijos de otro matrimonio, o hubieran premuerto hijos comunes que hubieran sobrevivido *al dies nominis*. Por Ep. Ulp. 16, 1ª sabemos que no había restricciones para heredar entre cónyuges cuando sobrevivieran hijos matrimoniales comunes, o hubieran premuerto llegados a cierta edad, siendo necesarios más hijos premuertos cuanto de menor edad hubieran fallecido; no entraban en el cómputo los fallecidos antes del *dies nominis*: la expresión del epitome es idéntica a la de *lex Mal.* 56, lo que hace pensar que la ley municipal se ajustaba a la poco anterior ley Julia matrimonial: *vid.* D'ORS, *LFM.* 132 ss.

⁶⁹ Así como la prueba de su descendencia podía significar ventajas políticas y sucesorias para los ciudadanos varones, a las mujeres, al permitirles la obtención del *ius liberorum*, introducido por las leyes Julia matrimonial y Papia Popea, les ofrecía una vía para liberarse de la tutela: Gayo 1, 145. El mismo Gayo, 3, 49 ss., precisa también que las ciudadanas romanas, a las que el edicto pretorio no reconocía derechos sucesorios como patronas de sus libertos, obtuvieron en virtud de la ley Papia los mismo derechos que tal edicto reconocía a los patronos varones, siempre que, si eran ingenuas, hubieran tenido dos hijos, o tres si eran libertas. A las ingenuas con tres hijos, además, les reconoció los mismo derechos que a los patronos sobre las herencias de los libertos más ricos: *vid. infra*, nota 78.

hubiera resultado viable, proporcionaba esta posición de ventaja respecto a los honores y las herencias, es explicable que la declaración de nacimiento fuera más frecuente precisamente entre aquellas clases sociales que podían aspirar a unos y otras. Estas declaraciones, sin embargo, podían tener también ventajas para las clases más desfavorecidas, y así, en el ámbito de las llamadas fundaciones alimentarias, con las que el emperador u otros potentados garantizaban la alimentación de niños ciudadanos pobres, la declaración de nacimiento daría fe de la condición de romanos de los menores, de modo que pudieran eventualmente beneficiarse de tales alimentos⁷⁰.

De todo esto se desprende que, a partir de la legislación de Augusto, al conocimiento de la edad de los ciudadanos por medio de las declaraciones del censo, que habría seguido siendo de alcance general, pudo sumarse, como documento probatorio de la edad de ciertos ciudadanos, la *professio natalis*, aunque la finalidad de esta *professio* debió de ser la de asegurar ciertas ventajas para el declarante, o para aquél cuyo nacimiento se declaraba.

c) *El patrimonio*

La determinación del patrimonio de los ciudadanos era una de las finalidades del censo republicano, en cuanto permitía determinar la medida en que cada uno de ellos debía contribuir al pago del *tributum* con el que se sostenían las legiones⁷¹. Pero, aun habiendo desaparecido en su época la distribución de las responsabilidades militares y del pago del tributo en función de tal patrimonio, la tabla de Heraclea –vv. 147-148–seguía ordenando la declaración del patrimonio en el censo, bajo juramento: *et rationem pecuniae ex formula census, quae Romae... acturus erit, ab iis iuratis accipito*.

Bajo el nuevo régimen del Principado, el patrimonio no determinará aquellas obligaciones originarias del censo, pero seguirá siendo necesario poder conocer de manera fiable, «oficial» diríamos, su cuantía, porque ciertos aspectos de la vida pública y privada dependían de ella. Y así, el acceso a algu-

⁷⁰ Sobre esto, SÁNCHEZ-MORENO ELLART, *Ypommemata epigeneseos*, cit., 100 s. Una *professio* relacionada con la natalidad que debió de ser frecuente fue la del manumitido menor de treinta años que, en virtud de la ley Elia Sencia, no había alcanzado la ciudadanía, y, tras contraer matrimonio conforme a las condiciones legales, declaraba la existencia de un hijo de un año habido de tal matrimonio, lo que le permitía obtener la ciudadanía a él, a su mujer –si no fuera ya ciudadana– y a su hijo: Gayo, 1, 29.

⁷¹ Sobre el *tributum* y su reparto entre los *cives* vid. NICOLET, *Tributum* (Bonn 1976).

nas dignidades requirió un determinado patrimonio⁷²: Augusto había establecido como necesario para ser senador un censo de cien mil denarios, que más adelante aumentó a doscientos cincuenta mil⁷³. Cuatrocientos mil sestercios –cien mil denarios–, era la cifra exigida bajo el Principado como patrimonio para pertenecer al orden ecuestre⁷⁴. Más modestas eran las sumas necesarias para ser decurión⁷⁵, y para poder figurar en el álbum de los jueces⁷⁶.

También un determinado patrimonio podía comportar un especial régimen de cargas fiscales⁷⁷ o sucesorias⁷⁸.

⁷² Ya Ovidio, *Amores*, III, 8, 55s., se queja de los efectos de esta legislación sobre la participación en la vida pública: *curia pauperibus clausa est –dat census honores/ inde gravis iudex, inde severus eques*. Un eco similar encontramos en Séneca, *Controv.* 2, 1, 17 *census senatorium gradum ascendit; census equitem Romanum a plebe secernit, census in castris ordinem promovet, census iudices in foro legit*.

⁷³ Dión Casio 54, 17, 3 y 54, 26, 3-5. Las cifras equivalen a cuatrocientos mil y un millón de sestercios, respectivamente. Sobre estos textos NICOLET, *Le cens senatorial sous la République et sous Auguste*, en *Censeurs et publicains* (Paris 2000) [= *Des Ordres à Rome* (Paris 1985)] p. 178 ss., que intenta conciliarlas con las divergentes de Suetonio, *Aug.* 41, 1, quien también afirma que en ocasiones Augusto completó este censo de su bolsillo, algo que confirma el propio Augusto en *Res Gestae* § 35 al recordar los innumerables gastos repartidos [*viritim amicis senat]oribusque quorum census explevit*.

⁷⁴ Plinio, *Naturalis Historia*, 33, 32-33. La referencia a esa cifra es muy frecuente en las fuentes: DEMOUGUIN, *L'Ordre équestre sous les Julio-Claudiens* (Roma 1988) p.73 ss.

⁷⁵ Lo que conservamos de la ley municipal no indica qué censo se exigía para ser decurión. De Plinio, *Epist.* 1, 19, 2 cabe deducir la cifra de cien mil sestercios –veinticinco mil denarios–, que quizá se ajustara –como la necesaria para ser juez: *vid.* nota siguiente– a la importancia del municipio: *esse autem tibi centum milium satis indicat quod apud nos decurio est. Igitur te decurione solum verum etiam equite Romano perfruamur, offero tibi ad implendas equestres facultates trecenta milia nummum*.

⁷⁶ *Lex Irn.*, 86 señala que en el municipio flavio irnitano la fortuna necesaria para figurar en el *album iudicum* era cinco mil sestercios. Según D'ORS, A., *La ley Flavia municipal* (Roma 1986) p. 174, esta cifra debió de acomodarse, a la baja, para Irni. Que las circunstancias podían llevar a ajustar esa suma lo prueban los edictos de Augusto a los Cirenenses (FIRA. I n° 68) I, vv. 17 ss., donde el emperador exige un censo de siete mil quinientos denarios –lo que equivale a treinta mil sestercios, seis veces el límite de Irni– tanto a romanos como a griegos, para ser jueces en las causas capitales de estos últimos, pero, si no se hallaran suficientes candidatos con ese censo, autoriza a rebajarlo hasta la mitad.

⁷⁷ El *gnomon* del *Idios Logos* § 29 menciona un impuesto de una centésima anual sobre los patrimonios superiores a veinte mil sestercios de las ciudadanas núbiles y solteras, tanto ingenuas como libertas. También relaciona las limitaciones del *ius capiendi* establecidas por la legislación caducaria con la titularidad de un patrimonio de cincuenta mil sestercios, las mujeres (§ 30), y cien mil, los hombres (§ 32). Esta información sólo nos consta por el *gnomon*, por lo que se ha discutido si reflejaría una peculiaridad de Egipto, pero su indudable relación con la legislación matrimonial de Augusto hace sospechar que pudieron tener alcance general: *vid.* RICCOBONO JR. *Il Gnomon dell'Idios Logos* (Palermo 1950) p. 155 ss.

⁷⁸ Gayo 3, 40-42 señala la evolución del régimen sucesorio de los libertos. El régimen originario de las doce tablas, en el que la existencia de *heredes sui* del liberto excluía al patrono, que sólo he-

En cuanto la constatación de estos patrimonios era un requisito del régimen jurídico aplicable en todos estos casos, resulta difícil creer que desapareciera la única institución que podía dar fe de su cuantía, o dicho de otro modo, la aplicación de toda esta legislación imperial se habría dificultado tan extraordinariamente si hubiera desaparecido el censo de los ciudadanos, en cuanto registro de su filiación, edad y patrimonio, que resultaría atrevido deducir que desapareció, por más que hubiera desaparecido la magistratura que le dió forma bajo la República, o la ceremonia que lo culminaba. Esto explicaría que contemos con documentación de los siglos primero y segundo donde se menciona la fortuna censitaria de ciudadanos concretos⁷⁹, y las alusiones

redaba a falta de éstos, acabó siendo burlado por los libertos mediante el matrimonio *cum manu* y la adopción, que les procuraban tales *heredes sui*, por lo que el pretor, en su edicto, reservó a los patronos la mitad del patrimonio del liberto difunto, salvo que le sucediesen hijos naturales, incluyendo aquí los emancipados y dados en adopción. La ley Papia modificó este régimen pretorio, tanto para las patronas –*vid. supra*, nota 69–, como para los patronos; en el caso de éstos, disponiendo que pudieran concurrir como un hijo más a la herencia del liberto con un patrimonio superior a cien mil sestercios, salvo que tal liberto tuviera tres hijos, en cuyo caso no se aplicaba esa ventaja en favor del patrono. Esto habría servido de estímulo a la natalidad de los libertos más ricos, pero indirectamente habría favorecido también la división de estos patrimonios entre más descendientes, contribuyendo a crear una clase media. Es claro, por lo demás, que para probar que existía esa descendencia, como para determinar si el liberto tenía el patrimonio legal, el censo habría jugado un papel de primer orden. Por eso la existencia de un régimen como éste, todavía en época de Gayo, se compagina mal con la desaparición de una institución que permitía probar fácilmente ambos extremos.

⁷⁹ Que el patrimonio de los ciudadanos era conocido todavía durante el s. II d. C. se deduce de algunos papiros egipcios con declaraciones de natalidad de *cives* que hacen constar en ellas también su fortuna. Así, AE. 1929, 00086 indica un patrimonio de doscientos ochenta mil sestercios para Tito Valerio Marisco, y de trescientos setenta y cinco mil para Lucio Valerio Crispo; idéntica declaración de este último se repite en AE. 1929, 00096; estas declaraciones están hechas bajo Nerón. AE. 1939, 00309 señala un patrimonio de trescientos setenta y cinco mil sestercios para Cayo Herennio Geminiano, en época de Trajano; y AE. 1927, +00087, indica un patrimonio de cuatrocientos mil sestercios para Publio Cornelio Basso, bajo Marco Aurelio y Lucio Vero. El monto de la fortuna de estos ciudadanos debió de resultar de la aplicación de las reglas que rigieron para las declaraciones hechas al censo: un papiro egipcio que cabe datar en época de Claudio (FIRA III, n° 8) presenta la declaración y valoración de bienes concretos de un ciudadano que había recibido la ciudadanía de este emperador. El posterior *gnomon* del *Idios Logos*, §§ 58 ss., de época de Antonino Pío, permite saber que el censo siguió realizándose en Egipto durante la época clásica, y que afectaba a los romanos y alejandrinos por igual. Para esta declaración de un *cives* rigen reglas que Ulpiano, 3° de *censibus*-D.50, 15, 4 pr., menciona como de aplicación a los censos en general, cual es la mención de los dos *adfinis* o colindantes. Nada impide pensar que, del mismo modo en que las *profusiones liberorum*, por ser consecuencia de las leyes Papia Popena y Elia Sencia –como los mismos papiros indican–, debieron de usarse en todo el imperio, y no sólo en Egipto, también pudo conocerse el censo patrimonial de los ciudadanos de las restantes provincias del Imperio. Y esta idea no contraría la de Mommsen según la cual no existió bajo el imperio un censo general

de las fuentes literarias al censo de personas concretas, como indicativo de su riqueza⁸⁰.

De especial interés, en relación con esta subsistencia del censo de los ciudadanos, nos parecen dos textos de Plinio el Joven en su correspondencia con Trajano. En Epist. 10, 5⁸¹, Plinio había solicitado al emperador que concediese la ciudadanía romana a Arpocras, un médico, liberto de una provincial, que le había tratado con éxito de sus dolencias. Aunque no conservamos la respuesta de Trajano a esta primera petición de Epist. 10, 5, por Epist. 10, 6 sabemos que el príncipe le concedió su deseo. En esta nueva carta, junto con la petición de que se le concediera de manera previa la ciudadanía Alejandrina, Plinio refiere algo muy interesante, a saber, que el emperador le había requerido para que le informase de la edad y el censo del médico. Precisamente al recabar esta información fue cuando Plinio fue informado de la necesidad de obtener previamente para el médico la ciudadanía alejandrina, para recibir a continuación la romana, en lo que parece un régimen singular de los egipcios, que se diferenciaban en eso de otros provinciales, lo que hacía necesaria esta segunda carta al emperador:

Epist. 10, 6: *C. Plinius Traiano Imperatori: 1 Ago gratias, domine, quod et ius Quiritium libertis necessariae mihi feminae et civitatem Romanam Arpocrati, iatraliptae meo, sine mora indulxisti. Sed cum annos eius et censum sicut praeceperas ederem, admonitus sum a peritioribus debuisse me ante ei Alexandrinam civitatem impetrare, deinde Romanam, quoniam esset Aegyptius. 2 Ego autem, quia inter Aegyptios ceterosque peregrinos nihil interesse credebam, contentus fueram hoc solum scribere tibi, esse eum a peregrina manumissum patronamque eius iam pridem decessisse. De qua ignorantia mea non queror, per quam stetit ut tibi pro eodem homine saepius obligarer. Rogo itaque, ut beneficio tuo legitime frui possim, tribuas ei et Alexandrinam civitatem [et Romanam]. Annos eius et censum, ne quid rursus indulgentiam tuam moraretur, libertis tuis quibus iusseras misi.*

de los ciudadanos, al estilo del censo republicano, pues para los propósitos del nuevo censo habría bastado su recopilación por provincias, sin necesidad de integrar un censo general.

⁸⁰ Así, por ejemplo, las fuentes citadas *supra*, nota 72; también Marcial, *Epigram.* 2, 90, 5 alude a quienes desean superar los censos de sus padres. Todavía C. Th. 9, 21, 2, 1, en una constitución de Constantino, habla de *census*, mientras la versión recogida en C.J. 9, 24, 1 cambia el término a *patrimonium*.

⁸¹ Plinio el Joven, Epist. 10, 5: *1 Proximo anno, domine, gravissima valetudine usque ad periculum vitae vexatus iatralipten assumpsit; cuius sollicitudini et studio tuae tantum indulgentiae beneficio referre gratiam parem possum. 2 Quare rogo des ei civitatem Romanam. Est enim peregrinae condicionis manumissus a peregrina. Vocatur ipse Arpocras, patronam habuit Thermutbin Theonis, quae iam pridem defuncta est. Item rogo des ius Quiritium libertis Antoniae Maximillae, ornatissimae feminae, Hediae et Antoniae Harmeridi; quod a te petente patrona peto.*

Plinio acaba su carta indicando al emperador que ha enviado la información sobre la edad y el censo del beneficiario *libertis tuis quibus iusseras*, lo que indica que Trajano le había señalado en la respuesta a su petición a quiénes debían remitirse esos datos. Del texto cabe deducir que existía ya una información sobre la edad y el patrimonio de ese provincial, de la que Plinio habría pedido un testimonio *–ederem–*. Esto indicaría que había un censo sobre los provinciales, algo que, por lo demás, ningún autor ha puesto en duda. Pero si no hubiera existido también un censo de los ciudadanos en el que pasara a figurar la edad y el patrimonio de este nuevo *cives*, ¿qué necesidad habría habido de enviar tal información a los libertos imperiales?⁸² Sólo la necesidad de encuadrar al nuevo ciudadano en el cuerpo social al que accede explicaría este requerimiento del emperador, que Plinio se apresuró a cumplir⁸³.

⁸² La carta de Plinio que comentamos suscitó una nueva respuesta del emperador en la que Trajano, a la vista de que el beneficiario era egipcio, requiere a Plinio información sobre el *nomos* de procedencia: Epist. 10, 7: *Traianus Plinio: Civitatem Alexandrinam secundum institutionem principum non temere dare proposui. Sed cum Arpocrati, iatraliptae tuo, iam civitatem Romanam impetaveris, huic quoque petitioni tuae negare non sustineo. Tu, ex quo nomo sit, notum mihi facere debebis, ut epistulam tibi ad Pompeium Plantam praefectum Aegypti amicum meum mittam*. Seguramente esta carta del emperador tenía como fin ordenar al Prefecto los cambios necesarios en el censo del *nomos* de origen del beneficiario. Por lo demás, que el emperador hubiera preguntado por la edad y el patrimonio de Arpocras no debería hacer pensar que no existía un censo del que pudiera la cancellería obtener estos datos, sino que se explica, a mi juicio, porque la carga de presentar esa información, que cabría obtener del censo provincial, debía en justicia recaer sobre el petionario de la gracia imperial.

⁸³ Podría pensarse que lo que sostenemos respecto a la necesidad de aportar el agraciado con la ciudadanía romana información sobre su censo –lo que probaría indirectamente que existía un censo de ciudadanos al que se incorporaba esa información que el candidato había declarado cuando era un provincial– queda contradicho por una inscripción, conocida como *tabula Banasitana*, que describe el expediente de concesión de ciudadanía a la familia de un notable local norteafricano, Juliano el Zegrense, en época de Marco Aurelio. Esta inscripción, sobre la cual SESTON y EUZENNAT, *La citoyenné romaine au temps de Marc Aurèle et de Commode, d'après la Tabula Banasitana*, en *CRAI*. 105, 2 (1961)317-324, aportan un breve comentario, y una edición con más amplio análisis en *Un dossier de la chancellerie romaine: La Tabula Banasitana. Étude de diplomatique*, en *CRAI*. 115, 3 (1971)468-490, refiere (vv.1-13) una *epistula* de Marco Aurelio y Lucio Vero –del 167-168 d. C. según nuestros autores– que concede la ciudadanía a un notable de la tribu de los Zegrenses, en el actual Marruecos, llamado Aurelio Juliano, a su esposa Ziddina y a sus cuatro hijos. Presenta también la inscripción una segunda *epistula*, de Marco Aurelio y Cómodo – del 177 d. C.–, que concede ahora la ciudadanía a la familia de uno de estos hijos –llamado, como su padre, Aurelio Juliano–, a la par que requiere información sobre la edad de sus componentes –*explora quae cui(i)usq(ue) aeta(t)i)s sit*–; la inscripción, que menciona un *commentarius civitate Romana donatorum* de los sucesivos emperadores, se cierra con la información acerca de dicha edad, que viene a señalar que los hijos son impúberes, y

Todo lo expuesto abona la idea de que el censo de los ciudadanos, en cuanto registro que facilitaba la prueba de su filiación, edad y patrimonio, debió de subsistir en la época imperial más allá de aquellos emperadores que, como Augusto, Claudio y Vespasiano, concluyeron un censo todavía mediante la ceremonia del lustrum, porque esa información sobre los ciudadanos continuaba siendo esencial para la aplicación de una legislación imperial que siguió vigente, cuando menos, durante todo el Principado⁸⁴.

5. EL CENSO DE LOS CIUDADANOS EN LAS FUENTES JURÍDICAS CLÁSICAS

Lo que venimos exponiendo sugiere que no cabe considerar que los textos clásicos que mencionan la existencia del censo se están refiriendo a una realidad desaparecida ya en la época imperial, en la que estos textos se escriben. Ya hemos visto cómo Ep. Ulp. 1, 8 puede interpretarse en el sentido de que su alusión al censo practicado antiguamente *–olim–* se referiría al censo lustral, desaparecido desde Domiciano, lo que no habría significado la desaparición de un censo de los ciudadanos, pues que éste seguía existiendo se desprende del mismo Epítome 11, 11 que nos refiere como casos de pérdida de la libertad y la ciudadanía el incumplimiento de la obligación de censarse

la concesión de ciudadanía. No hay indagación, en este caso, acerca del posible censo de los candidatos a la ciudadanía, lo que podría parecer que contradice el requerimiento que, como hemos visto, hacía Trajano en Plin. *Epist.* 10, 6, respecto al censo de Arpocras. En el caso de Aurelio Juliano hijo, la falta de indagación sobre su censo se explicaría, en nuestra opinión, porque su censo como cabeza de familia ya sería conocido; sabemos, en efecto, que había recibido la ciudadanía junto con su padre, pero Gayo 1, 93 nos indica que en estos casos el emperador no solía mantener a los hijos bajo la potestad del padre, salvo que fueran impúberes. Ahora bien, que Aurelio Juliano hijo no lo era al recibir la ciudadanía lo prueba el que ocho años después de obtenerla ya era padre de un varón de ocho años. Esto significaría que Aurelio Juliano hijo habría sido inscrito en el censo, al igual que su padre, como ciudadano *sui iuris*, y por tanto haciendo constar en dicho censo cuál era su patrimonio. Sus hijos, en cambio, en cuanto impúberes, al recibir la ciudadanía seguirían permaneciendo bajo la potestad de su padre y, por ello, no contarían con un patrimonio propio que debiera figurar en el censo, razón por la que sólo se pregunta su edad.

⁸⁴ En cierto modo, fuentes muy tardías podrían interpretarse también en este sentido. Así, Boecio, comentando a Cicerón, señala, *ad Topica*, 2, 10: *faciendi liberi tres sunt partes: una quidem, ut censu liber sit; censebantur enim antiquitus soli cives Romani*. El que en la antigüedad se censaran únicamente los ciudadanos romanos debería entenderse, a nuestro juicio, en el sentido de que, con posterioridad, también debieron censarse los provinciales, más que en el sentido de que el censo de los provinciales bajo el Imperio sustituyera al de los ciudadanos y desapareciera éste.

y la cohabitación de una mujer con un esclavo ajeno. A estos mismos casos se refiere Gayo, 1, 160:

maxima est kapitis deminutio, cum aliquis simul et civitatem et libertatem amittit; quae accidit incensis, qui ex forma censuali venire iubentur: quo ius | —vv. 1½— |, qui contra eam legem in urbe Roma domicilium habuerint; item feminae, quae ex senatus consulto Claudiano ancillae fiunt eorum dominorum, quibus invititis et denuntiantibus eorum coierint.

Gayo confirma que la *forma censualis*⁸⁵ ordenaba vender a estos *incensi*, pero una laguna en el manuscrito nos impide conocer qué otras disposiciones —*quo ius...*— completaban el régimen jurídico de los que habían eludido el censo. No habría que descartar que tal régimen afectara no sólo a sus personas, sino también a sus patrimonios⁸⁶.

Sobre la sanción de estos *incensi* tratan también los llamados fragmentos parisinos de Papiniano, procedentes del libro noveno de sus respuestas, y completados con opiniones de sus discípulos Paulo y Ulpiano, que se nos han transmitido excesivamente mutilados; unos fragmentos que abordaban las manumisiones hechas por los *incensi*⁸⁷.

⁸⁵ Para LÓPEZ-BARJA, *Historia de la manumisión en Roma*, cit., p. 32, que Gayo emplee la expresión *forma censualis*, que también usa Ulpiano D. 50, 15, 4 pr., en vez de la republicana fórmula *lex censui censendo*, indicaría que Gayo no se refiere ya al viejo censo republicano, sino al de su época, realizado por procuradores ecuestres *a censibus*. La *professio censualis* ha sido objeto de estudio últimamente por POLO TORIBIO, *Finalidad probatoria de la «professio censualis»*, en *Revista Internacional de Derecho Romano* (digital), abril 2012, pp. 118-141, que resume bajo otro título un artículo anterior de la misma autora publicado en la misma sede, octubre 2010, pp. 126-177, *Idoneidad de las tabulae censoriae como instrumentos de publicidad de los miembros de la comunidad*.

⁸⁶ La *lex osca* de Bantia (FIRA. I, n° 16, que ofrece la traducción al latín de Bücheler), vv. 18-23, seguramente inspirada en el censo republicano romano, se refería a la obligación de censarse en estos términos: *Cum censores | Bantiae populum censebunt, qui civis Bantinus erit, censor ipse et pecuniam, qua lege | ii censores censere proposuerint. At si quis in censum non venerit dolo malo, | et eius vincitur, ipse in comitio veneat pr(aetoris) magisterio populo presente sine dolo | malo, et immercato cetera familia et pecunia tota quae eius erit, quae incensa erit, | publica esto*. El infractor era vendido públicamente, y su familia y sus bienes pasaban a dominio público, si aquel hubiera eludido dolosamente inscribirse en el censo. Este durísimo régimen pudo haber subsistido bajo el Imperio, quizá mitigado —*vid. infra* nota 90—. La referencia a...*qui contra eam legem in Urbe Roma domicilium habuerint* que aparece tras la laguna de Gayo, 1, 160 trae un eco de Gayo 1, 27, en donde refiere nuestro autor que la ley Elia Sencia prohibió a los dediticios morar en la Urbe, bajo sanción de ser vendidos públicamente si lo hacían, lo que hace sospechar que la laguna del primero de estos textos podría haber referido un régimen similar de venta pública para los *incensi* y los *dediticii*.

⁸⁷ FIRA. III, p. 441.

El estado excesivamente fragmentario de esta fuente impide saber con plena certeza la naturaleza de los problemas planteados en ella, pero no descartaríamos que se refiriese precisamente al destino de los esclavos del *incensus*, para examinar en qué medida los manumitidos antes de incurrir su dueño en las penas a él reservadas alcanzaban la libertad. Los fragmentos, II, 2 parecen admitir que las constituciones imperiales –*placuit*– admitían la libertad de esos que fueron manumitidos, pero, precisamente porque lo habían sido, incurrían en las mismas penas que su dueño si no se censaron: *Servos ab eo, qui nua... di... cen[sus] est, ante crimen inlatum manumiss[os] ad libertatem pervenire placuit. [Sed manu]missi quoque similiter ut patronus incensorum crimine tenebuntur*. A esta opinión de Papiniano correspondían sendas notas de sus discípulos. Desconocemos a qué habría podido referirse la nota de Ulpiano, vista su mutilación⁸⁸; la de Paulo precisaba que tales esclavos no incurrirían en la pena de los *incensi* si fueron manumitidos cerrado ya el censo y con posterioridad no existió otro en el que hubieran podido censarse como ciudadanos: *Paulus: si cluso censu [manu] missi sunt nec postea census [actu]s e[st], ince[n]sorum poenis n[on tene]n[t]ur...*⁸⁹

Esta misma idea de que lo actuado por el dueño entre su omisión del censo y su condena es válido, se desprende del régimen que seguían los antiguos, mencionado a continuación en I, 3: *apu[d] v[eteres] autem antequam [in]census do[mi]ni iudicaret[ur] liberta[tes] obtinere constitit...* En cualquier caso, se mencionan aquí supuestos en los que el esclavo del *incensus*, o bien habría seguido la misma suerte del dueño, por resultar también él *incensus*, o bien habría alcanzado la libertad, escapando al destino de los otros esclavos del dueño *incensus*⁹⁰,

⁸⁸ FIRA. III, p. 441, I, 2: *Ulpianus: qui a me (?) census tempore non fuerint liberi... a...*

⁸⁹ Pero esta misma solución del jurista confirmaría la periodicidad del censo de ciudadanos, aunque sujeto quizá a intervalos irregulares, todavía en su época.

⁹⁰ Que este destino pudo seguir siendo pasar al dominio público, como en la tabla de Bantia, podría sugerirlo, a nuestro juicio, el término *publicandus* que nos transmite el excesivamente mutilado fragmento II, 7. El *gnomon* del *Idios Logos*, §§ 58 y 59, se refiere a quienes no se hayan inscrito en el censo, o no hayan inscrito a aquellos que debían, aun cuando fuera uno solo, para condenarles a la pérdida de una cuarta parte de sus bienes. Esta regulación se refiere tanto a los romanos como a los alejandrinos, y parece mitigar el régimen de la *lex osca tabulae Bantinae*. La falta de inscripción de un esclavo entrañaba únicamente la pérdida de tal esclavo. Desconocemos si este régimen fue propio de Egipto o si pudo ser general. En cualquier caso, tanto si la falta de inscripción del *incensus* le acarreó la pérdida de todo el patrimonio, como refleja la tabla de Bantia, o de sólo parte –fuera una cuota o el esclavo no inscrito– como refiere el *gnomon*, lo cierto es que tal falta de inscripción habría afectado al destino de los esclavos del *incensus*, por lo que se explica que estos pudieran denunciar tal falta de inscripción, como nos dice D. 5, 1, 53, que analizamos a continuación.

lo que presupone en cualquier caso la subsistencia del censo ciudadano. El que en estos textos el *incensus* de cuyos esclavos se trata sea calificado como *dominus* y *patronus* confirmaría que los juristas severianos están contemplando un censo de ciudadanos.

Todo esto contradice frontalmente la opinión de quienes creen desaparecido tal censo bajo el Principado. Por lo demás, estos fragmentos califican como *crimen* –*ante crimen inlatum, incensorum crimine*– la falta de registro en el censo, y este mismo calificativo, *crimen census*, utiliza todavía un texto de Hermogeniano, *libro primo iuris epitomarum*, ya postclásico:

D. 5, 1, 53: *Vix certis ex causis adversus dominos servis consistere permissum est: id est si qui suppressas tabulas testameti dicant, in quibus libertate sibi relictam adseverant. item artioris annonae populi Romani, census etiam et falsae monetae criminis reos dominos detegere servis permissum est. Praeterea fideicommissam libertatem ab his petent: sed et si quis suis nummis redemptos et non manumissos contra placiti fidem adseverent. liber etiam esse iussus si rationes reddiderit, arbitrum contra dominum rationibus excutiendis recte petet. sed et si quis fidem alicuius elegerit, ut nummis eius redimatur atque his solutis manumittatur, nec ille oblatam pecuniam suscipere velle dicat, contractus fidem detegendi servo potestas tributa est.*

El texto recoge casos excepcionales en los que se admite la denuncia de los esclavos contra los dueños. Algunos de estos casos suponen la existencia de un esclavo que podría fundamentar una causa para la manumisión, pese a lo cual, se le niega su libertad. Así, por ejemplo, cuando se destruyó el testamento en el que se le hacía libre, o cuando su dueño no cumpliera el fideicomiso por el que se le pedía que le hiciera libre, o si fue manumitido bajo la condición de que presentara cuentas, y éstas fueron injustamente desaprobadas.

Similares a estos en que el esclavo podía probar la causa que le atribuía el beneficio de la libertad, como la existencia del testamento o del fideicomiso, o el cumplimiento de la condición impuesta a la manumisión, eran los casos en que podía probar haber comprado su libertad, fuera a su dueño o a un tercero que había de adquirirlo para manumitirlo posteriormente, sin que hubiera procedido la manumisión. En todos estos casos estamos hablando de esclavos en trance de dejar de serlo, que ven comprometida la libertad que esperan por algún acto del dueño al que demandan.

Pero el texto admite también que los esclavos denuncien a sus dueños en caso de que hubieran éstos cometido determinados crímenes, como el fraude a la *annona*, la fabricación de moneda falsa y el *crimen census*. Ahora bien, cabría conjeturar que el fundamento para autorizar estas denuncias debió de

ser el que tales crímenes, como los otros supuestos citados, habrían afectado a la propia situación de los esclavos; y así, en el caso del *crimen census*, la falta de inscripción del dueño, fuera de sí mismo o de su esclavo, podría haber supuesto que todavía en época de Hermogeniano, el esclavo pasara a dominio público.

Lo que resulta indiscutible es que la obligación de censarse, que recogen Gayo 1, 160 y el Epítome de Ulpiano 11, 1, y cuyo incumplimiento es todavía posible en época de Papiniano, Paulo y Ulpiano, que califican a este incumplimiento como *crimen*, subsistía de algún modo en época de Hermogeniano, lo que indicaría una subsistencia del censo ciudadano durante una larga época para la que la opinión todavía dominante lo supone desaparecido.

Las restantes menciones del censo de los ciudadanos en las fuentes clásicas proceden de Gayo. Se nos transmiten en relación con la *manumissio censu*, y presentan esta forma de manumisión civil como una de las tres que podían ser todavía usadas en su tiempo. Así, Gayo 1, 138-140 nos refiere las peculiaridades de la manumisión de quienes se hallan in *causa mancipii*⁹¹, y que podía hacerse en cualquiera de las formas civiles de su época –*vindicta*, *censu*, *testamento*–, por encontrarse los dados in *mancipio* equiparados a los esclavos:

Gayo 1, 138: *Il, qui in causa mancipii sunt, quia servorum loco habentur; vindicta, censu, testamento manumissi sui iuris fiunt.*

La equiparación, sin embargo, no llegaba hasta el punto de aplicar a estos in *causa mancipii* las limitaciones de edad o número que las leyes augústeas introdujeron para las manumisiones de esclavos, o las referidas a la solvencia del dueño:

Gayo 1, 139: *Nec tamen in hoc casu lex Aelia Sentia locum habet: itaque nihil requirimus, cuius aetatis sit is, qui manumittit et qui manumittitur; ac ne illud quidem, an patronum creditoremve manumissor habeat; ac ne numerus quidem lege Fufia Caninia finitus in his personis locum habet.*

Singular era el régimen de la *manumissio censu*, pues en él, el dado in *mancipio* podía inscribirse en el censo contra la voluntad de aquél bajo cuya

⁹¹ Sobre el tema sigue siendo fundamental DEGENKOLB, *Die Befreiung durch Zensus*, en *Festgabe Herrn Rudolph von Ihering zum Doktorsjubiläum am 6. August 1892 dargebracht von der Juristen-fakultät zu Tübingen* (Tübingen 1892, neudr. Aalen 1979) 123-156, quien, con ocasión de ésta que él llama «*liberatio censu*» de los dados in *mancipio*, se extiende sobre la *manumissio censu*.

potestad se hallaba, salvo que hubiera habido pacto de remancipación a favor de su *paterfamilias*, o que se hallara en esa situación como consecuencia de una entrega noxal:

Gayo 1, 140: *Quin etiam invito quoque eo, cuius in mancipio sunt, censu libertatem consequi possunt, excepto eo, quem pater ea lege mancipio dedit, ut sibi remancipetur; nam quodam modo tunc pater potestatem propriam reservare videtur eo ipso, quod mancipio recipit. ac ne is quidem dicitur invito eo, cuius in mancipio est, censu libertatem consequi, quem pater ex noxali causa mancipio dedit, veluti quod furti eius nomine damnatus est et eum mancipio actori dedit: nam hunc actor pro pecunia habet.*

El cuidado con que Gayo nos advierte de que estos supuestos no están sujetos a las leyes limitadoras de las manumisiones promulgadas por Augusto, el detalle con que menciona la existencia, en este caso de los *in causa mancipii*, de la manumisión por el censo aún contra la voluntad de quien los tiene *in mancipio*, la precisión de aquellas excepciones a este régimen especial ¿no son propias de quien expone una institución plenamente vigente en su época? Nada en los textos de Gayo hace pensar que, junto a dos formas de manumisión civil en uso –la *vindicta* y la testamentaria– esté citando el jurista una forma caída en desuso. Y esto mismo cabe concluir del examen de los demás textos en los que Gayo se refiere a esa manumisión por el censo. Y así, la cita junto a la *vindicta* y la testamentaria como una de las tres formas de manumisión civil vigentes en su época:

Gayo 1, 17: *Nam in cuius persona tria haec concurrunt, ut maior sit annorum triginta, et ex iure Quiritium domini, et iusta ac legitima manumissione liberetur, id est vindicta aut censu aut testamento, is civis Romanus fit; sin vero aliquid eorum deerit, Latinus erit.*

Igualmente cita estas tres formas civiles, junto con la llamada *manumissio inter amicos*, que procura únicamente la libertad Juniana, a propósito del régimen establecido por la ley Fufia Caninia, que únicamente afectaba a las manumisiones testamentarias:

Gayo, 1 44: *Ac ne ad eos quidem omnino haec lex pertinet, qui sine testamento manumittunt. itaque licet iis, qui vindicta aut censu aut inter amicos manumittunt, totam familiam suam liberare, scilicet si alia causa non impediat libertatem.*

Nada en los textos hace pensar que la manumisión por el censo no sea tan utilizable en época de Gayo como cualquiera de las otras formas de manumi-

sión, y la misma impresión se desprende de un último texto, en el que Gayo refería el régimen de la *iteratio*⁹², por el que aquellos esclavos que, aun siendo mayores de treinta años, sólo habían alcanzado la condición de latinos Junianos –lo que significa que habían sido manumitidos únicamente *inter amicos*–, eran nuevamente manumitidos en una forma civil, lo que les procuraba la ciudadanía. Las abundantes lagunas del texto sólo permiten saber que se trataba de este asunto, pero también aquí cita Gayo las tres formas de manumisión civil como utilizadas para iterar la previa manumisión *inter amicos*:

Gayo 1, 35: *sequi* *maiores triginta annorum manumissi et Latini facti* *ius Quiritium consequi* *(tri)ginta annorum manumittant* *manumissus vindicta aut censu aut testamento* *civis Romanus* *libertus fit qui eum iteravit*

Este mutilado texto confirma que Gayo contemplaba la manumisión por el censo como un modo más de manumitir civilmente, sin que nada permita pensar que fuera en su tiempo una institución obsoleta. Si esto hubiera sido así, como piensan los autores que han defendido que la manumisión por el censo era una forma desaparecida en época gayana, no se explica que nuestro autor no lo indicase de algún modo⁹³. Por eso, la interpretación que nos parece más adecuada de estas fuentes confirmaría que esta forma de manumisión se encontraba en época de Gayo tan en uso como las restantes formas civiles de manumisión. Esto mismo parece desprenderse del fragmento Dositeano 17, ya citado, que alude a la obtención de la ciudadanía mediante la *manumissio censu* por aquellos esclavos que cumplían el requisito de edad de la Ley Elia Sencia⁹⁴. Su brusco final impide conocer cuál pudo ser la diferencia entre el régimen del censo llevado a cabo en Roma y la situación de las provincias, donde se nos dice que *magis professionibus utuntur*⁹⁵. Pero lo que el fragmento

⁹² Resume este régimen de la *iteratio* Ep. Ulp. 3, 4: *Iteratione fit civis Romanus, qui post Latinitatem, quam acceperat, maior triginta annorum iterum iuste manumissus est ab eo, cuius ex iure Quiritium servus fuit*. La mención del *iuste manumissus* incluiría los tres modos civiles de manumisión.

⁹³ BUCKLAND, por ejemplo, *The Roman Law of Slavery* (Cambridge 1908, reimp. New Jersey 2000) p. 440 nt. 2 no cita este texto entre los de Gayo que mencionan la *manumissio censu*.

⁹⁴ Por Gayo 1, 18, sabemos que esta restricción de la ciudadanía a los mayores de treinta años fue introducida por la ley Elia Sencia.

⁹⁵ ¿Podría haber consistido la diferencia entre estas declaraciones del censo lustral y las que se realizan en provincias mediante *professiones* en que en las primeras se tomara juramento de los declarantes –*ab iis iurateis accipito*, como dice la tabla de Heraclea v. 146–, y no en las segundas? Los documentos de *professiones* que conservamos –provinientes de otros ámbitos, ciertamente,

deja indiscutiblemente claro es que los esclavos podían ser todavía en su época manumitidos por el censo: *Et qui censu manumittitur, si triginta annos habeat, civitatem Romanam apiscitur*⁹⁶; y esto probaría tanto la subsistencia de esa forma de manumisión como la de un censo ciudadano en el que el esclavo mayor de treinta años pudiera quedar inscrito.

6. CONCLUSIONES

La primera conclusión que cabe extraer, a nuestro juicio, del trabajo que hoy publicamos, es que son extremadamente débiles las bases en que se apoyan quienes consideran desaparecido el censo de los ciudadanos bajo el Imperio. Las opiniones de Mommsen señalaron acertadamente que el censo de los ciudadanos, en cuanto lista pública y sincrónica de los ciudadanos y sus patrimonios, culminado por el *lustrum*, tal como lo concibió la República, no subsistió bajo el Imperio, pero sin que pueda afirmarse que la misma información que aquel censo republicano procuraba dejara de seguir recogiénose en esta nueva época, aunque fuera de manera fragmentada y diacrónica. A nuestro juicio, la opinión del sabio alemán apuntaba en este sentido. En este punto, más que pensar que Mommsen se equivocaba, hay que creer que fue malinterpretado por autores posteriores.

Por otro lado, el examen más detenido de una de las principales fuentes en las que se ha querido ver una afirmación de la desaparición del censo en época severiana, como es el Epítome de Ulpiano 1, 8, permite afirmar que lo que esta fuente señala como desaparecido es precisamente ese censo lustral, en cuanto sí es indudable que la ceremonia religiosa del lustrum desapareció a partir de Domiciano, secularizando así la institución del censo. Pero la desaparición de esta culminación religiosa del censo no significa necesariamente que dejara de llevarse a cabo, quizá con nuevos cambios que no son suficien-

como la declaración de paternidad— o las noticias que mencionan las *professiones* en el ámbito de las operaciones agrimensurarias, o incluso las referidas a *professiones* en relación con el censo que transmiten los juristas clásicos tardíos, no asocian la *professio* a un juramento. Si esto fuera así, estaríamos ante una nueva prueba de la «secularización» del censo.

⁹⁶ El texto, por lo demás, introduce la paradoja de que pudieran existir esclavos manumitidos por el censo —en el sentido de haberles ordenado su amo inscribirse en el censo, como forma de alcanzar la ciudadanía, y la libertad que correspondía a todo ciudadano— que, por no tener esa edad y no alcanzar la ciudadanía, no eran inscritos en el censo de los ciudadanos.

temente conocidos, la recopilación de información sobre los ciudadanos y sus patrimonios que el censo suponía.

La misma necesidad de contar con esa información para poder aplicar la nueva legislación que, a partir de Augusto, exige tanto la condición de ingenuo como determinada edad o patrimonio para poder acceder a determinados cargos públicos, o hace depender de esa misma edad o patrimonio ciertos aspectos del derecho privado, refuerzan la idea de que no pudo desaparecer precisamente la institución que de manera más completa proporcionaba esta información.

Las escasas menciones de las fuentes clásicas que podemos considerar indudablemente referidas al censo de los ciudadanos, vendrían a confirmar que esta institución siguió en vigor a lo largo de la etapa clásica, al menos hasta la dinastía severiana.

Por último, el que entre esas referencias hallemos varias a la subsistencia de la manumisión por el censo, hace pensar que esta forma de manumisión civil debió de subsistir como una más de las posibles bajo el Principado. Probar cómo, según pensamos, esta forma de manumisión debió de ser muy frecuente en esa época, es algo que queda para la continuación de este trabajo. Quiera Dios que el ejemplo de don Álvaro, mi añorado maestro, me dé fuerzas para concluirlo.

